Sofia, la princesa de mi cuento

murto diaz

Image not found.

Capítulo 1

Hacia rato que había amanecido, pero Sofía seguía en la cama, inmóvil con su mirada perdida en el techo de aquel hostal barato con pretensiones de hotel.

Desnuda, impasible, con su cuerpo cubierto solo en parte por esa sábana almidonada, gastada por el uso de clientes, que tal vez cómo ella habían pasado de forma anónima por esa cama...

Los rayos del sol se abrían paso tímidamente entre las cortinas, se podía intuir que ese sería un día nublado.

Giró la cabeza y allí estaba él, durmiendo plácidamente a su lado, desnudo cómo ella.

La luz de la mañana le daba a su piel un color especial.

Ella lo miraba, observaba su respiración tranquila, su sueño sereno.

Hacia mucho tiempo que Sofía no despertaba al lado de alguien. Tanto que le parecía una eternidad. Llevaba mucho tiempo sola y se había acostumbrado.

Cuatro meses habían pasado desde su primer encuentro con Marcos y ahora estaban allí, en esa habitación, desnudos uno al lado del otro.

Por su cabeza pasó la idea de levantarse e irse antes de que él despertara. Pero su intuición le decía que era una mala solución. Tan mala como quedarse allí.

En su último encuentro lo había hecho así y había sido un desastre el salir corriendo.

Por su cabeza pasaban como fotogramas de película todos los instantes que habían compartido en los últimos meses. Intentaba buscar una explicación a toda esa locura, pero no la encontraba.

Estaba confundida.

Ella, con sus cuarenta y tantos en esa habitación del primer hostal que habían encontrado la noche anterior.

La bebida había tenido la culpa de que ninguno de los dos cogiera el coche la noche de antes para volver a sus casas.

Ni ella ni él estaban en condiciones de conducir, aunque ambos sabían que en el fondo eso era la excusa perfecta para poder pasar la noche juntos.

Habían cogido habitaciones separadas, aunque la segunda no llegaron a verla.

Cuando ella introdujo la llave que abría la puerta de su habitación, se giró hacia él con el pretexto de despedirse hasta el día siguiente.

Él apoyó su brazo en el batiente de la puerta, clavó sus ojos en los de Sofía y sin mediar palabra se abalanzó sobre ella empujándola hacia el interior y cerrando la puerta tras él.

Sofía no puso resistencia, dejó caer su bolso al suelo y sin muchos preámbulos, estaban los dos encima de la cama quitándose la ropa el uno al otro.

El hotel seguía en silencio, quizás todos sus clientes seguían durmiendo y era ella la única que estaba despierta.

Se giró y abrazando la almohada continúo mirándolo. Podía sentir su respiración tibia chocando contra su piel.

Al fondo de la habitación había un escritorio con un televisor.

Los ojos de Sofía fueron a posarse sobre ese viejo televisor.

Sus labios sonrieron… Un televisor.

Un televisor era el culpable de toda esa situación. Un televisor había tenido la culpa que todo empezara cuatro meses atrás.

Capítulo 2

Eran más de las ocho de la tarde cuando Sofía llegó a su casa.

Vivía en el cuarto piso de un edificio cualquiera de la calle Nápoles.

Abrió la puerta, dejó las llaves sobre la mesita de la entrada y quitándose los zapatos por el pasillo se dirigió a la cocina.

Abrió la nevera y se quedó mirando su interior. No tenía hambre pero sin saber por qué sus pasos la habían llevado hasta la cocina. Dentro de la nevera tampoco había nada apetecible que le hiciera cambiar de opinión. Cogió una botella de agua, más que por la sed que sentía, por el hecho de justificar el abrir la nevera. De sobras sabia lo que había en su interior, vivía sola y si ella no la reponía, nadie lo hacia por ella. Bebió sin ganas y se dejó caer sobre su sofá.

Encendió la televisión y comprobó que no había señal. Todos los canales aparecían con una cortina negra y una etiqueta que decía "sin señal". Pensó en apagar el aparato y dejarlo correr. No es que le fascinara el hecho de ver la televisión. Nunca le había llamado la atención aquella "caja tonta", como la llamaba su madre.

Hacia unos días habían cambiado el cableado de la antena colectiva del edificio, y puede que la televisión llevara desde entonces sin funcionar, la verdad es que no recordaba haberlo comprobado antes. Fue entonces cuando recordó que le había dejado las llaves de su piso a Matilde.

Matilde vivía en el primero junto a su familia. Era su marido, el propietario de una pequeña empresa de esas que hacen de todo un poco, el que se iba a encargar de llevar a cabo el cambio de los cables del edificio.

En la reunión informativa habían dicho que sería necesario entrar en los pisos para cambiar no se qué historia de las cajas receptoras de señal. Sofía le había dejado las llaves de su piso para que pudieran llevar a cabo esos cambios, ya que ella no estaría en su casa.

No se había vuelto a acordar de aquello hasta entonces.

Pensó en dejarlo correr pero se acordó que al día siguiente debía salir de viaje y sin saber por qué, de mala gana, se incorporó del sofá y bajó a casa de Matilde.

Picó al timbre y sin mucha demora le abrieron la puerta. Fue Olga, la hija

de Matilde la que apareció ante ella. Se saludaron.

Olga tenía unos veinticinco años. Era alta, delgada y con una melena negra que le llegaba a la mitad de la espalda. Era una de esas jóvenes de hoy en día a las que no les preocupa mucho el futuro. Trabajaba sin más fin que el poder costearse sus viajes. Cambiaba de novio tanto cómo de peinado. Y con cada nuevo novio se iba de casa. Se instalaba en su nuevo hogar con la misma rapidez con la que luego regresaba de nuevo a casa de sus padres.

Aunque a Sofía todo aquello le traía sin cuidado, sabía todos los pormenores de la vida de la joven por Matilde, su madre, había compartido más de un café con ella escuchando desahogarse a la mujer sobre los problemas cotidianos de sus hijos. Tenían una buena amistad.

Hacia más de doce años que se conocían, desde que Matilde y su familia se instalaron en el primero izquierda del edificio en el que vivía Sofía.

Matilde hacia años que había cumplido los cincuenta, aunque se mantenía joven.

Poco a poco fueron cogiendo confianza, y trazaron una bonita amistad, aunque eran muy diferentes la una de la otra.

Matilde era una madre de familia a la antigua usanza. Trabajaba, cuidaba a sus hijos, se encargaba de la casa y tapaba. Sobre todo tapaba todos los trapos sucios de sus hijos a ojos de su padre.

Tan diferentes la una de la otra que resultaba extraño que se llevaran tan bien.

Sofía a veces pensaba que si la vida no le hubiera jugado aquella mala pasada quizás hoy iría camino de convertirse en lo que era Matilde.

Recordó que la primera vez que tuvo constancia de la presencia de la nueva familia en el edificio, fue un domingo de verano. Sus hijos habían puesto la música tan alta que se escuchaba desde el piso de Sofía. Por la tarde se cruzaron en el portal. Matilde salía con su marido, Alonso y con su hija Olga. Sofía iba con su marido Jaime y su hijo Roberto. Olga tendría unos trece años, y su hijo Roberto no tenía más de diez. Jaime y Alonso se saludaron y comenzaron a hablar. Sofía, por cortesía, inicio a su vez una conversación con Matilde. No recordaba muy bien de qué hablaron, pues de eso hacia ya doce años.

Desde aquel entonces su amistad fue creciendo, aunque en un principio eran sus respectivos maridos los que más amistad entablaron. Pero hace cuatro años, cuando Jaime murió, todo empezó a cambiar. La amistad entre las dos mujeres se fue acrecentando, y más aún cuando Roberto

aceptó la beca para estudiar en el extranjero y Sofía se quedó sola.

Sin quererlo se fue apoyando más en Matilde. Sofía era independiente, a simple vista no necesitaba a nadie. Era difícil comprender cómo podían tener esa buena relación cuando en el fondo eran tan diferentes la una de la otra. Matilde encontró en Sofía alguien a quien poder explicarle sus preocupaciones. En un principio con la excusa de consolar a Sofía en su pérdida y más tarde sin ningún pretexto, quedaban para tomar café y hablar.

- ¿Qué tal Sofía?- preguntó Olga al verla plantada delante de su puerta.
- Aquí vamos…. ¿Está tu madre?- preguntó Sofía sin mucho entusiasmo.
- Si, está en la cocina, pasa.

Sofía entró y Olga cerró la puerta tras de ellas. Cruzó el comedor para ir a la cocina, y allí estaba Marcos. Tumbado en el sofá con el mando del televisor en la mano y sin prestar mucho interés a lo que estaba viendo.

- ¿Hombre….! Por fin aparece la perdida.- exclamó Matilde.

- ¿Perdida? – contestó Sofía.

- Si perdida. Hace tres días que no sé nada de ti. Te piqué ayer tarde y no estabas.

- Si… bueno… esta semana ha sido un tanto difícil. Para poder irme mañana, he tenido que adelantar bastante trabajo, he tenido que acabar de atar cabos y dejar las cosas bien mascadas.

- Es verdad, mañana te vas. Ya no me acordaba. Pero, si solo te vas tres días y dos de ellos caen en fin de semana. ¡Tan inútiles son en tu trabajo que no saben estar sin ti! Estarás nerviosa. ¿Cuánto hace? ¿Tres meses qué no ves a Roberto? Yo no se si sabría tenerlos tan lejos. Aunque a veces deseo que se vayan de una vez y que nos dejen a Alonso y a mí solos, que ya nos va tocando.

- Matilde, ¿sabes si han acabado de arreglar lo de la antena?- preguntó Sofía, cortando tajante la conversación que Matilde pretendía iniciar.

- Si, si que han acabado. Ahora te entrego las llaves. Es por eso por lo que ayer te piqué y no estabas.

- Ya… pero es que…. He llegado y he puesto la tele, pero no se ve nada. Sale todo negro y un cartel que indica que no hay señal de antena.

- No puede ser. Alonso lo dejó todo comprobado. Espera, ¡Marcos!

- No, no te preocupes, no me devuelvas las llaves, cuando Alonso tenga un rato que pase y lo mire, ¿vale? Además mañana me voy y prefiero que te quedes con ellas.

- Dime. - respondió Marcos que había entrado en la cocina sigilosamente, con la mala gana que últimamente lo caracterizaba.

- Marcos, tú instalaste las cajas de casa de Sofía, ¿no? – preguntó inquisidora Matilde.

- Si, fui yo, ¿por qué?- preguntó de mala gana

- Sofía dice que no se le ve la tele. –le recriminó Matilde.

- Pues lo comprobé todo antes de irme y todo funcionaba.- mientras pronunciaba estas palabras Marcos la miró de arriba abajo. Era cómo si nunca se hubieran visto. Como si no se conocieran. La estaba analizando con la mirada. Al llegar a los pies de Sofía su mirada se detuvo y alzó rápidamente la vista, no pudo contener una sonrisa burlona, que intentó disimular sin ningún éxito.

Sofía le mantuvo la mirada y luego, disimuladamente, bajó su mirada buscando lo qué le había provocado esa risa burlona. Cuando su mirada llegó a sus pies, se dio cuenta de que iba descalza. Había salido de su casa sin zapatos, no se había dado cuenta hasta ahora, y eso no era todo, llevaba puesto sus calcetines de colorines, como de costumbre, pero esta vez los llevaba rotos por el dedo gordo del pie.

- Sube y se lo revisas, por favor. – pidió Matilde a su hijo.

Marcos miraba a Sofía, en su cara se podía leer que eso era lo último que le apetecía hacer en estos momentos.

- No, déjalo Matilde. Ya subirán, no hace falta que sea ahora.

- ¿Cómo qué no? Que suba ahora, si no tiene nada mejor que hacer, o no lo has visto tirado en el sofá aquí nos las den todas. Además ¿qué vas a hacer sin tele? Por cierto, ¿Quién te lleva mañana al aeropuerto?- lanzó la pregunta y se quedó mirando a Sofía, esperando una respuesta.

- No se, cogeré un taxi. No se.

- ¿Cómo qué no lo sabes?, Mañana se va a ver a Roberto, ¿sabes Marcos? Podrías acercarla tú al aeropuerto. – le dijo a su hijo.

- No puedo. – respondió tajante Marcos.

- ¿No puedes? ¿Y eso? ¿Qué tienes algo mejor qué hacer?

- No, no, déjalo Matilde. No hace falta, además no paso por casa. Del trabajo me voy al aeropuerto. - dijo Sofía, cortando la discusión que tenía pinta de empezar entre madre e hijo.

- Va, que subo y miro lo qué ha podido pasar. Será una tontería, pues cuando yo salí de tu casa, la tele se veía perfectamente. Además, de eso hace tres o cuatro días, y si no ha fallado hasta ahora….- salió de la cocina hablando entre dientes.

- Déjalo que suba y se mueva. Ya no se qué voy a hacer. Esto es una olla a presión que estallará en cualquier momento. Cada vez hay menos convivencia entre él y su padre. No es que nunca se hayan llevado del todo bien…, pero desde que Susana lo dejó todo va a peor. Su padre no deja de recriminarle que ya se lo advirtió, que a esa chica se le veía venir. Yo no digo que toda la culpa sea de ella. Marcos es difícil de llevar. Pero vamos, que manda huevos lo que le hizo, no pudo escoger a otro, no, tuvo que ser con un amigo suyo, y en su propia casa.

Sofía había escuchado esa historia más veces de las que le hubiera gustado en los últimos seis meses.

Susana era la novia de Marcos. Llevaban algún tiempo saliendo y se habían ido a vivir juntos. A los cuatro meses de convivencia se la encontró en la cama con su amigo Jorge. Peculiar forma de acabar una relación.

Matilde le había contado a Sofía todos los pormenores de esa ruptura, claro que Matilde sabía lo que le había sonsacado a su hijo, no más. Estaba preocupada por él como su madre que era. Matilde decía que Marcos estaba cayendo a un pozo del cual no se veía el final. La mujer sufría impotente, sin saber qué hacer ante esa situación y sufriendo por las consecuencias que ello podría acarrear.

Hace años, Marcos tuvo problemas con las drogas. Ahora estaba limpio. Consiguió, no sin ayuda, salir a tiempo de ese mundo y Matilde temía que todo esto le hiciera caer de nuevo en aquel infierno por el que pasó la familia.

Marcos se había cerrado en banda, no hablaba con nadie, no sentía interés por nada.

Semanas después de acabar con Susana perdió su trabajo. Claro que, si se tiene en cuenta que trabajaba en la empresa de su suegro, era de esperar que más temprano que tarde eso ocurriera.

Alonso lo había empleado en su empresa, pero la indiferencia ante todo de

Marcos, hacia que la relación entre ellos fuera de mal en peor.

Matilde decía que su hijo se había convertido en un alma en pena vagando sin encontrar su camino.

Escuchaba una y otra vez esta historia de boca de Matilde y no sabia cómo consolar a su amiga.

Sofía se despidió de Matilde y se encaminó hacia su piso.

Caminaba delante de Marcos. Cogieron el ascensor que los llevó al cuarto piso. Dentro, sus miradas se cruzaron un par de veces, pero ni ella ni él abrieron la boca.

Llegaron al cuarto piso y Marcos abrió la puerta para que ella saliera.

Sofía se encaminó hacia su piso sintiendo la mirada de Marcos clavada en su nuca. Sin una explicación aparente se sentía incómoda.

Abrió su puerta y entraron los dos. Siguieron el pasillo que conducía al comedor. Sofía delante y Marcos tras ella.

Con la mirada posada en Sofía, se tropezó con los zapatos que rato antes había dejado ella en medio del pasillo. Sofía se giró al oír el tropiezo y vio cómo la cara de él enrojeció al instante. Pidió perdón por el desorden pero no pudo evitar reírse al ver que Marcos casi se cae.

Una vez en el comedor, Marcos se encaminó hacia la caja de la antena que había en la pared derecha. Se agachó y comenzó a desmontarla a la vez que le pidió a Sofía que encendiera la televisión. Ella obedeció y se quedó allí de pie, inmóvil mirando hacia donde él estaba.

Marcos vestía tejanos azules y una camiseta blanca de tirantes. Media metro ochenta, más o menos, hombros anchos, perfectamente alineados con la columna vertebral. Brazos bien marcados, y el tatuaje de una estrella polar en su omoplato izquierdo. Desde donde Sofía estaba podía verle la cara de perfil. Con el pelo castaño bastante corto, unas cejas bien perfiladas, sobre sus ojos marrones. Sus orejas eran más bien pequeñas. Descubrió un antojo en la nuca. Tenia la forma de una gota de agua, de un color más claro que el de su morena piel. Continúo su inspección bajando por la columna vertebral, hasta llegar al final de esta.

Fue entonces cuando Sofía se percató de que Marcos ya no era ese adolescente que vivía en el primero. Se había convertido en todo un hombre. Intentó calcular la edad que tendría, aunque su mente le fallaba. Su corazón latía rápido y un sudor frió le recorría la espalda.

Tan ensimismada en sus propios pensamientos estaba que no se percató que él se había girado y le estaba hablando. Allí estaban los dos, en el comedor de su casa, él mirándola y ella allí como un pasmarote frente a él inmóvil y turbada.

- Sofía, ¿te ocurre algo?- preguntó Marcos.

- ¿Eh?

- Que si te ocurre algo.

- No, no, perdona… Dime. –despertó Sofía.

- Ya se lo que ha pasado. Esta caja tiene un falso contacto, es necesario cambiarla, pero ahora no tengo ninguna. Lo que haré es que conectaré la antena directa de forma provisional para que puedas ver la tele esta noche y mañana traeré una caja nueva. Pero necesito cinta aislante, ¿no tendrás por ahí?

- Pues… no se, espera que mire en el cajón de los desastres a ver si allí ahí algo.- diciendo esto Sofía se encaminó hacia una de las habitaciones.

- ¡Joder!!!!! – gritó Marcos.

- ¿Qué ocurre?- preguntó Sofía volviendo al comedor.

Allí estaba Marcos de pie y con la mano ensangrentada.

- ¿Qué te ha pasado?- preguntó de nuevo.

- El puto cutter, se me ha escapado y me he cortado. - contestó llevándose la mano a la boca.

- Deja que te lo vea.

Sofía le cogió la mano para ver qué es lo qué le había ocurrido. Vio que tenía un corte profundo en el nudillo de la mano izquierda. Sangraba y no tenia buena pinta.

- Tráeme un trapo o algo para la sangre, por favor.- pidió Marcos.

- Pero espera, déjame verlo bien. Ven hacia la cocina.

- No, no puedo. Joderrr...

Sofía se percató que Marcos estaba palideciendo por momentos.

- ¿No te irás a desmayar?- preguntó a la vez que le pasaba el brazo por la espalda.

- Pues, no te prometo nada….

- Siéntate, siéntate en el suelo.

- ¿En el suelo?- preguntó Marcos cada vez más pálido.

- Si, en el suelo. Así, si te desmayas, por lo menos no te romperás la cabeza al caer.- dijo Sofía y lo dejó allí sentado, apoyado en la pared mientras corría a buscar gasas.

Instantes después, apareció con una toalla, gasas, betadine y una cajita metálica.

- Dame la mano.- le dijo y sin esperar se la cogió y taponó la herida con la toalla.

- ¿Qué es eso?- dijo mirando el frasco amarillo.

- Betadine, tenemos que desinfectar esa herida y cortar la hemorragia.

- No… no es necesario…

- ¿Qué no es necesario? Estás sangrando.

- Con una tirita será suficiente.

- ¿Con una tirita? ¿Es qué no has visto el corte que te has hecho? Es profundo y no para de sangrar. Habrá que poner un punto de sutura.

- ¡Sutura?

- No me dirás que te da miedo, jejejeje…

- No, no me da miedo, pero… eso escocerá.- se lamentó Marcos.

- Jejejeje, va que te soplaré para que no escueza.

Sofía destapó el bote y vertió un poco de líquido morado sobre una gasa. Mientras Marcos, apoyó su cabeza en la pared y sopló. Ella quitó la toalla de la herida y esta comenzó a sangrar de nuevo. Rápidamente puso la gasa impregnada sobre la herida, pero no dejaba de salir sangre. Impregnó otra gasa y repitió la operación de nuevo. Después de la tercera gasa la herida dejó de sangrar. Cogió la pequeña caja metálica de la que extrajo un punto de sutura. Con cuidado se lo puso sobre el nudillo, juntando los dos bordes de la herida. Luego, con sumo cuidado, volvió a

limpiar alrededor de la herida. Dejó la mano lesionada sobre la rodilla de él y se fue.

Casi instantáneamente volvió con una toalla humedecida en agua. Se sentó a su lado y cogiéndole de nuevo la mano, manchada por la sangre medio seca que había quedado, empezó a limpiársela. Con suma delicadeza limpió los restos de sangre.

Marcos seguía con la cabeza apoyada en la pared y la mirada perdida en el techo del comedor. No había mediado palabra en toda la cura. Permanecía inmóvil.

- ¡Ya está!, listo.- dijo Sofía cuando acabó de limpiarle la mano.

Marcos seguía inmóvil.

- ¡Oye!, que ya está. ¿Sigues aquí o te has desmayado?- preguntó Sofía alzando la vista hacia Marcos.

- Sigo aquí, no me he desmayado.- respondió a la vez que se miró la mano.

- Bueno, de esta no te mueres, sobrevivirás.

Sofía se levantó de su lado y cogiendo las toallas, las gasas, el frasco de betadine y la cajita metálica salió del comedor para guardarlo todo.

Cuando regresó, Marcos seguía sentado en el suelo. Con una pierna totalmente estirada, la otra doblada y su espalda recta, apoyada en la pared, se miraba la herida.

Ella volvió a ponerse a su lado. Traía vendas nuevas y esparadrapo. Volvió a cogerle la mano y la vendó, tapando así el punto de sutura, resguardándolo.

- Mañana seria conveniente que te retiraras la venda y volvieras a desinfectarte la herida.

- Gracias.- dijo a la vez que cogía entre sus manos las manos de ella.

Ella levantó la cabeza y sus miradas se juntaron. Marcos la miraba. Sofía notó que su corazón se volvía a acelerar. Quería decir algo. Algo que rompiera ese instante de incómodo silencio, pero era incapaz de articular palabra. Inmóvil, incapaz de separar sus manos de las de él, bajó la cabeza.

Con un suave movimiento del dedo sobre su barbilla, él volvió a subirle la cabeza. Continuaba mirándola fijamente. Le acarició la mejilla para quitar

una gota de sangre que manchaba su delicada piel.

Cuando el dedo rozó su piel, Sofía notó que el bello se le erizaba. Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Los dedos de Marcos bajaron por la rosada mejilla de Sofía hasta llegar a sus labios. Los acarició como si de un delicado pétalo de rosa se tratara. Continuaban mirándose.

Él deslizó su mano por el pelo de ella hasta llegar a su nuca. Sofía notaba que el pulso se le aceleraba, que su corazón latía tan fuerte que le faltaba espacio en su tórax.

Sus cabezas se fueron acercando en lo que parecía un recorrido eterno hasta que sus labios temblorosos se juntaron. Se fundieron en un húmedo y delicado beso.

Sus cabezas se separaron. Todo estaba en silencio, tan solo la respiración acelerada de ambos invadía el espacio.

Sofía se humedeció los labios con la intención de retener ese instante, guardar en su interior el sabor de los labios de Marcos.

Allí estaban los dos, de rodillas en el suelo, uno frente al otro con sus manos entrelazadas y sus corazones acelerados.

Sus miradas, igual que la de dos leopardos antes de saltar sobre su presa, se analizaban mutuamente.

Como si de una señal de salida se tratara, el tirante de la camisa de Sofía se deslizó hombro abajo. Igual que una fiera hambrienta, Marcos la volvió a besar, esta vez con desespero, con impaciencia. Intercambiaron caricias. Caricias toscas, aceleradas y como dos animales en celo rodaron por el suelo del comedor hasta detenerse. Torpemente intentaban quitarse la ropa, pero el desespero les impedía moverse con soltura.

Marcos sobre Sofía, no podía dejar de besarla. Ella acariciaba su cabeza, su espalda, sus muslos… Sintió que ese cúmulo de sensaciones invadía su interior, cerró los ojos y se dejó llevar.

Comenzaron a escalar esa montaña sin fin hasta llegar a la cima, en la que los dos se encontraron.

Luego calma.

Ella lo abrazó y él con su cabeza apoyada en el hombro fue desacelerando.

Llegaron a un valle en calma. Un silencio ensordecedor les envolvía. Silencio solamente roto por la respiración de ambos que poco a poco se

iba calmando. Se separaron y quedaron tumbados el uno al lado del otro.

Sofía miraba al techo, la mirada perdida. Casi había olvidado que podía sentir de esa forma. Hacia mucho tiempo que su cuerpo no experimentaba aquel cúmulo de sensaciones. Tanto tiempo que sintió miedo. Quería sentirse culpable por haber perdido los papeles de aquella forma, pero aquella paz que la invadía no la dejaba pensar en nada con claridad. Se había dejado llevar por sus sentimientos más salvajes. Había obedecido a su instinto animal.

Marcos a su lado guardaba silencio y miraba hacia el techo, también. Se incorporó y apoyó su cabeza en las rodillas.

Sofía lo miraba y vio lo que a simple vista parecía una lágrima salir de sus ojos y deslizarse por su cara, hasta caer al vació. ¿Estaba llorando?, pensó. No podía ser, quizás la intensidad del momento la confundía y lo que había visto no era más que una gota de sudor, pero el movimiento disimulado de la mano de él bajo sus ojos, delataban que Sofía no estaba confundida. Estaba llorando. Sintió la necesidad de preguntarle qué es lo que le ocurría, por qué lloraba. Pero desistió, creyó que después de lo que había ocurrido entre los dos no era oportuno formular esa pregunta.

Ella se levantó y se dirigió al baño. Él permaneció allí, inmóvil.

Entró en el lavabo y cerró la puerta tras de si. Se apoyó en el mueble y escondió la cabeza entre sus manos. Al levantarla vio su propio reflejo en el espejo. Del recogido que llevaba hace unos instantes, nada quedaba. Su cabello estaba revuelto, su vestimenta desmontada.

“Joderr…. Joderr…. ¿Qué has hecho Sofía?... Es Marcos, el hijo de Matilde, tu amiga…. ¿Qué has hecho?”

Estas palabras retumbaban en el interior de su cabeza como un zumbido ensordecedor mientras se miraba al espejo. Allí permaneció unos instantes, en esa posición, hasta que reaccionó y comenzó a recogerse el pelo, a ponerse la ropa en condiciones.

Abrió la puerta y salió.

En su recorrido hasta el comedor se le pasó por la mente que tal vez él ya no estaría allí. Posiblemente seria lo mejor, que no estuviera. Pero su corazón no pensaba lo mismo. Sentía que necesitaba verlo otra vez.

Llegó al comedor y allí estaba él, recogiendo las herramientas en su caja, de espaldas a ella. Lo miró y vio que su venda se había vuelto a manchar de sangre. Su piel brillaba por el sudor.

Él al notar su presencia se volvió, incorporándose.

- ¿Puedo usar el servicio?- preguntó indiferente.

- Si, claro, ya sabes dónde está.

Pasó al lado de ella, casi rozándola y Sofía respiró profundamente, intentando exhalar de nuevo su aroma. Un aroma afrutado, un aroma de canela y vainilla.

Cerró la puerta, abrió el grifo del lavabo y metió la cabeza debajo. Después de unos instantes lo cerró. Cogió la toalla y se secó la cabeza y la cara. "¿Qué has hecho Marcos?", pensó.

Se miró la mano. Le dolía. Vio la venda manchada de sangre, pero pasó.

Salió del aseo, mientras ella permanecía de pie, en medio del comedor. Cogió la caja de herramientas, la miro.

- Gracias por curarme la herida, Sofía. - y se encaminó hacia la salida.

Ella hizo el amago de seguirlo.

- No, no te molestes, conozco la salida.- le interrumpió él.

Se detuvo y quedó allí, estática.

Fue a la cocina y cogió una botella de agua de la nevera. Se sentó en el sofá y bebió. Sentía un cúmulo de sensaciones contradictorias. No lograba encontrar una explicación a lo que allí había sucedido. Se culpaba no tanto por lo que había sucedido, sino por con quién había sucedido. Ella que hacia tanto tiempo que no perdía el control de su vida. Ella que creía poder manejar toda situación.

Era un simple polvo, pero él no era un simple desconocido. Era el hijo de su amiga, su vecino, alguien a quien había visto madurar. ¿Cuántos años tendría? ¿Treinta?

De pronto empezó a reír, no sabia por qué, pero allí estaba, sentada en su sofá riéndose de una situación que no tenía sentido.

Sonó el teléfono y el ring la hizo volver a la realidad.

- ¿Dígame?

- Hola. - contestaron.

- ¡Roberto!

- ¿Qué, ya lo tienes todo listo para mañana?

- Si, todo listo. A las siete sale el avión.

- Vale, intentaré estar en el aeropuerto para cuando llegues. Pero si no estoy me esperas tomando un café ¿vale?

- Bueno, no es que tenga otra alternativa ¿no? Jejeje. No te preocupes, si no estás ya te espero, no te preocupes.

- Pues entonces, hasta mañana mamá.

- Hasta mañana hijo.

Colgó el teléfono y fue a acabar de preparar su maleta. Llevaría un par de mudas, solamente iban a ser dos días. Metió su ropa, un neceser y su cámara de fotos.

Marcos entró en su casa. Dejó la caja de herramientas en la entrada y se dirigió a la cocina.

Su padre había llegado. Estaba sentado frente a la mesa mirando unos papeles. Al oírlo levantó la cabeza.

- ¿Has solucionado el problema, Marcos?

- Si, lo he dejado provisional. Hay que cambiar la caja de conexiones y no tenia ninguna.- dijo mientras bebía un vaso de agua.

- ¿Qué te ha ocurrido en la mano?- preguntó su padre.

- Me he cortado, pero no es nada, Sofía lo ha curado.- dijo dejando el vaso encima del mármol

- Déjame verlo.- dijo apresurada su madre.

- No, no es nada. Ya está. Me voy a mi habitación.- dijo dándole la espalda a su madre.

- ¿No vas a cenar?

- No, no tengo hambre.

Entró en la habitación y se tumbó encima de su cama. Se quedó mirando fijamente la mano herida. Se la acercó a su nariz y la olió. Quería capturar la fragancia que Sofía había dejado en las vendas. Cerró los ojos y pensando en ella se quedó dormido.

Sofía cerró su maleta naranja y se fue a dar una ducha.

El agua tibia caía sobre sus cabellos y seguía su curso resbalando por su espalda. No podía borrar de su mente la imagen de Marcos. El recuerdo de su aroma la inundaba de sensaciones. El Marcos que ella conocía nada tenía que ver con el Marcos que había estado esta noche en su comedor. Suponía que él tendría la misma sensación de ella. Había sido un encuentro apresurado, desbocado, entre dos personas que no buscaban nada la una de la otra, más que satisfacer sus deseos más íntimos. Ella hacia mucho tiempo que estaba privada de esas sensaciones y a él le delató su forma tosca de actuar, su prisa, que también. Se habían encontrado el uno al otro, como dos animales en celo. Habían intercambiado sus fluidos más íntimos y eso era todo. Ese era el final de la historia. No tenía porque haber nada más. Los dos eran adultos. Los dos estaban solos. Los dos habían actuado movidos por la misma necesidad, una necesidad que surgió de forma inesperada, de forma espontánea.

Salió de la ducha, secó su cuerpo y se puso una camiseta. Peinó su pelo negro azabache y se metió en su cama. Dio vueltas y vueltas sobre su colchón que hoy más que nunca sentía vacío. Vino a su mente el recuerdo de Jaime. Hacia mucho que no pensaba en él.

Se había ido para siempre hacia cuatro largos años. Se había ido sin tener la oportunidad de despedirse. Pensó en la mañana en que él salió como cada día de su casa. Habían discutido la noche de antes y el desayuno transcurrió frío. Ella le preguntó si comerían juntos, a lo que él le respondió con una negativa. Le dijo que lo sentía pero tenía otros asuntos ineludibles que solucionar. Después de eso llegó el vacío.

Una llamada a las nueve de la noche cambió el rumbo de su vida para siempre. Una voz desconocida desde la otra parte del teléfono preguntó si ese era el domicilio de Jaime Ortiz. La única explicación que recibió en aquel momento fue que Jaime había tenido un accidente de tráfico y necesitaban que un familiar se personara urgentemente en el hospital.

Estaba sola en casa. Se subió rápidamente al coche y condujo hasta el hospital. Al entrar preguntó y un médico la dirigió hacia un despacho, la sentó en una silla y con voz pausada le dijo que su marido había fallecido.

Ingresó muy grave y nada pudieron hacer por él. Murió minutos después.

No le dejaron ver su cadáver, decían que estaba totalmente desfigurado y que eso seria lo mejor para ella. Que guardara su recuerdo en vida. Más tarde, eso la martirizó durante meses. Tenía la sensación de que todo era un sueño, de que él no había muerto, sino que se había ido de su lado, que la había dejado sola sin darle ninguna explicación.

El cansancio fue apoderándose poco a poco de ella hasta que el sueño le venció.

A las siete y tres minutos, puntual como siempre, el despertador comenzó a sonar.

Lo apagó y de mala gana se incorporó en la cama. Tenia sueño. Casi sin abrir los ojos se encaminó al baño. Cogió el cepillo, lo untó de pasta de dientes y comenzó a cepillárselos. Se enjuagó la boca y se lavó la cara con agua fría.

Regresó a su habitación, abrió el armario y buscó entre las perchas que colgaban, algo para vestirse.

Volvió al baño y se recogió el pelo en una cola. Miró su cara en el espejo y apreció que sus ojeras delataban las pocas horas que había dormido. Se maquilló ligeramente. Se puso el reloj en la muñeca y un brazalete ancho de color plata en la otra.

Una vez en la cocina abrió la nevera y se sirvió un vaso de leche fría. Buscó en el armario algo para acompañarla y se decidió por una galleta solitaria que habitaba un bote de cristal. Sin ganas se bebió la leche y comió la galleta.

Fue hacia su habitación y cogió la maleta que había preparado la noche de antes.

Miró la cama deshecha, no tenia intención de hacerla, pero el recuerdo de su madre diciendo que cuando uno sale de casa ha de dejar la cama hecha, le hizo cambiar de opinión.

Se detuvo ante el perchero que solitario adornaba la entrada de su piso y cogió una chaqueta que colgaba de él.

Cerró la puerta con llave y se dirigió al ascensor. Una vez en la calle se encaminó hacia una parada de taxis que había cerca de allí.

El taxi se detuvo delante del número 345 de la calle Mallorca. Pagó al taxista y se dirigió a su puesto de trabajo.

El día transcurrió tranquilo, sin complicaciones. Aunque si las hubo, ella no fue consciente. Estaba distraída. A ratos le invadían los nervios por el hecho de pasar el fin de semana con su hijo.

El avión aterrizó puntual en el aeropuerto de Dublín.

Esperó para recoger su maleta y se encaminó hacia la salida. Se abrió la puerta automática y en el fondo divisó la silueta de su hijo Roberto. Se apresuró hacia él y lo abrazó.

Era bastante más alto que ella. Se lo miró de arriba abajo y sonrió. Luego le dio un beso en la mejilla dejándole la marca del pintalabios. Roberto tenía veintidós años, era alto cómo su padre, mediría un metro noventa más o menos. Tenía complexión de atleta. La práctica continuada de waterpolo había hecho que sus espaldas se ensancharan y que sus brazos se desarrollaran perfectos. Sus piernas eran musculosas y sus manos grandes. Tenía el pelo liso y negro cómo ella. Llevaba una media melena recogida en una cola hecha de mala gana. Los ojos eran verdes, su nariz perfecta y su boca, siempre sonriente, dejaba ver los dientes de marfil. De una caída de su niñez le faltaba un trozo del incisivo izquierdo lo que le daba una personalidad única a esa sonrisa.

La relación entre Sofía y Roberto siempre había sido buena. Eran confidentes perfectos.

Hace dos años, un equipo de waterpolo de Dublín, había fichado a Roberto, ofreciéndole la oportunidad de poder estudiar a la vez que pertenecía a uno de los primeros equipos de esa ciudad. Nunca había sido mal estudiante, así que combinaba a la perfección su carrera de deportista con el estudio de empresariales. Pronto se adaptó a la ciudad, a sus costumbres y a su idioma.

No fue fácil para Sofía la decisión de separarse de él, pero entendía que esa era una gran oportunidad para su hijo. Los separaban miles de kilómetros, pero eso en vez de alejarlos, hizo que su relación se afianzara más aún.

Sofía tenía solo veinte años cuando nació Roberto, de forma que a simple vista, más que madre e hijo parecían un par de amigos.

Roberto vivía en el campus de la universidad. Compartía habitación con un chico llamado Michael. Cuando Sofía iba a visitarlo se instalaban los dos en un hotel cercano a este. De esa forma aprovechaban hasta el último instante para estar juntos, ponerse al día el uno al otro de los últimos acontecimientos de sus vidas.

Salieron del aeropuerto. No tardaron en llegar al hotel. Estacionaron el coche en el parking de este. Se dirigieron a la conserjería y Roberto retiró la llave de la habitación.

- Dejas la maleta y nos vamos. ¿Vale?

- ¿Dónde iremos?

- Cenaremos algo rápido e iremos a un local del centro, unos amigos tocan allí hoy. Pensé que te apetecería.

- Bueno, no está mal. Me gusta el plan. Pero deja que me de una ducha rápida, por favor.

- De acuerdo, pero ha de ser rápida ¿eh?

Sofía dejó su maleta y se sentó en la cama. Se quitó las botas y se frotó los pies con signo de alivio. Se quitó la blusa y los tejanos allí mismo y se encaminó hacia el baño.

- Bueno, ¿Qué tal por aquí, tienes alguna novedad que contarme?- preguntó Sofía.

- Puede que algo haya, pero de eso hablaremos en la cena.

- Ohhh! Qué interesante… ahora me dejarás con la intriga.

No tardó más de cinco minutos en volver a estar lista para salir. Madre e hijo salieron por la puerta del hotel y se encaminaron hacia el centro.

La noche estaba despejada. Por las calles deambulaban personas de un lado al otro. Unos reían, otros simplemente hablaban….

Llegaron a una cafetería y se sentaron en la terraza. No tardó en aparecer el camarero con una escueta carta en la mano. Se dirigió a ellos soltando un discurso que a Sofía le sonó a chino. No hablaba inglés. Así que lo único que hizo fue contestar al camarero con una sonrisa. Roberto miró la carta y pidió al camarero.

- Tendrías que ir pensando en aprender inglés ¿no crees?- le recriminó

Roberto.

- Si, si, lo tengo en la libreta de asuntos pendientes jejeje…

- No, no me contestes siempre la misma monserga, mamá. Deberías planteártelo en serio. Siempre dices que eres incapaz, pero, yo creo que nunca lo has intentado, al menos nunca lo has intentado en serio. He pedido dos franfurts y dos cervezas, espero que te parezca bien, si no ya sabes, la próxima vez pides tú.

- Eh!!! Eso suena a pitorreo. Y te recuerdo que aún soy tu madre…. – le recriminó con una sonrisa en los labios.

- Te veo bien, más guapa que la última vez que nos vimos. ¿Hay algún cambio?

- No, no hay ningún cambio. Mi vida sigue igual que siempre. Trabajo, trabajo, trabajo… y cuando me agobio me voy de cervezas con Laura y compañía. - estaba contestándole esa monserga a su hijo cuando a su mente vino el recuerdo del encuentro del día de antes en su comedor. Tenía plena confianza con su hijo, pero ni siquiera se planteó el contarle nada de lo sucedido la noche anterior.

Entre tanto, volvió a aparecer el camarero con los dos bocadillos y las dos cervezas.

- ¿Sabes?... creo que nunca me acostumbraría a esta cerveza.- dijo Sofía dándole un trago a su vaso.

- ¿Cómo están todos por allí?- preguntó Roberto.

- Bien, te mandan recuerdos. Laura dice que el día menos pensado se presenta aquí para que le enseñes la ciudad.

- Menuda loca, supongo que sigue igual que siempre ¿no?- preguntó Roberto mordiendo su bocadillo.

- Si, igual que siempre, creo que remedio ya no tiene.

- Y dime, ¿qué tal Marcos y Olga?

- Marcos…., Marcos…. Bien, bien. Matilde te manda muchos besos. A propósito, ¿qué es eso qué me tenías que contar?- preguntó Sofía.

- Verás mamá…. En el equipo han decidido incluirme en plantilla.

- ¿En plantilla, qué significa eso?

- Bueno, significa que ya no seré becario, con ello me aumentan la ficha y cobraré más.

- ¿Más?- preguntó mientras comía.

- Si, más. Considerablemente más. Pero eso no es todo.

- ¿Ah no? ¿Aún hay más?

- Si. Verás… Natalie y yo hemos decidido irnos a vivir juntos.

-¡Eso es estupendo! Me alegro mucho por vosotros. ¿Pero esta noticia no deberíais habérmela dado los dos juntos? ¿Dónde está ella?

- Esta noche tenia guardia, lo hablamos y bueno… yo tenia tantas ganas de decírtelo, que decidimos que no podía esperar a mañana.

- Esto se merece un brindis.- dijo alzando su vaso de cerveza.

Los dos brindaron por las buenas noticias.

- ¿Ya sabéis dónde viviréis?

- Si, esa será la segunda parte de esta celebración. Hemos alquilado un apartamento en la calle…. Bueno, la verdad es que aunque te diga dónde no sabrías ubicarlo, jejeje. Mañana iremos a cenar allí los tres para celebrarlo y enseñártelo. ¿Qué te parece?

- ¿Qué me parece? Estupendo, es fantástico. Ven, dame un beso. Sabes, todo esto me hace sentir mayor. Mi hijo se independiza.

- Mamá, hace tiempo que me independicé, ¿no crees?

- Si, pero ahora es diferente. Compartirás tú día a día con Natalie, es diferente, créeme. Pero es bonito, es genial.

- Bueno, creo que te estás poniendo sentimental. Estás exprimiendo tu papel de madre y eso no me gusta.

Rieron juntos, se acabaron los bocadillos y pidieron la cuenta.

Recorrieron unas cuatro manzanas hasta llegar al pub donde habían quedado en ir a ver la actuación. Entraron y fueron hasta el final del local, donde un grupo de jóvenes saludaron a Roberto. Roberto presentó a su

madre.

A Sofía le sonaban algunas de las caras de otras veces que había venido a ver a Roberto. Le saludaron y le hablaron, pero Sofía solo sonrió, no entendía prácticamente nada. Hablaban demasiado rápido y su nivel de inglés era de niño de primaria. Veía claro que su hijo tenía razón, debería apuntarse a clases de inglés.

Sofía se sentía feliz viendo como su hijo se desenvolvía perfectamente sin ella. Le alegraba ver que tenía un buen grupo de amigos que lo apreciaban y le gustaba la idea de que Roberto y Natalie se fueran a vivir juntos.

Era bastante tarde cuando regresaron al hotel. Sofía estaba tan cansada que se tumbó en su cama y se quedó dormida al instante. Su hijo le quitó los zapatos y la tapó con una manta.

Cuando despertó, Roberto no estaba en la habitación. Encima de la mesa había una nota en la que ponía que regresaría a las doce. Sofía miró el reloj, eran casi las once. Había dormido cómo un lirón. Decidió tomárselo con calma.

Se metió en la ducha, se vistió tranquilamente y salió de la habitación. Tenia hambre, le apetecía desayunar, pero por la hora que era sabia de sobras que el servicio de desayuno del hotel se habría acabado.

Salió a la calle y comenzó a caminar. El hecho de que siempre se alojara en el mismo hotel, le dio la ventaja de conocer sus alrededores. Paró delante del escaparate de una pastelería. Estaba repleto de bandejas con galletitas, caramelos y otras exquisiteces varias. Sofía entró y prácticamente por señas le pidió a la dependienta un croissant y un café para llevar.

Caminó hasta un parque cercano y se sentó en un banco a tomar el desayuno que acababa de comprar. Cuando acabó miró su reloj, vio que aun quedaba casi un cuarto de hora para que dieran las doce y decidió seguir allí sentada sin hacer nada. Observaba a la gente que pasaba.

Gente haciendo deporte, gente paseando, niños jugando. Pensó que realmente no era tan diferente de donde ella vivía. Si se omitía el detalle de la lengua, la gente se comportaba de forma idéntica a la de su barrio.

El día estaba despejado, ninguna nube invadía el cielo azul. El césped lucia verde. Los árboles llenos de hojas y un arreate de flores recién plantadas delimitaban el borde de un camino que zigzagueaba a lo largo del parque. La primavera había llegado con todo su esplendor. Una leve brisa hacía que su pelo se moviera despacio. La calma reinaba. Respiró

profundo y disfrutó del momento.

Subió a la habitación y al entrar vio allí a su hijo y a Natalie.

- Eh?!!! Bella durmiente… pensábamos que te habías fugado.

- ¿Qué tal señora Sofía?- preguntó Natalie.

- ¿Cómo que señora Sofía? ¿Cuántas veces tendré que repetirte que no me llames señora Sofía?, llámame solamente Sofía.

Natalie tenía la misma edad que Roberto. Era de mediana estatura, aunque aun así era más alta que ella. Tenía el pelo rizado y de un pelirrojo pálido. Sus ojos, como la de la mayoría de los nativos de la isla, eran azules. Estudiaban en la misma facultad. Era allí donde se habían conocido. Compartían amigos y aficiones. Trabajaba realizando practicas administrativas en un hospital a las afueras de la ciudad.

Natalie, por suerte para Sofía, hablaba español.

Por la tarde se dirigieron hacia el apartamento de ambos. Estaba en el segundo piso de un pequeño edificio, en un barrio que a simple vista era acogedor. Subieron por las escaleras, no había ascensor. Roberto y Natalie enseñaron su futura morada a Sofía y se quedaron mirándola expectantes, esperando la opinión de esta.

- Bien… ¿qué te parece? Mamá. - preguntó Roberto.

- Es muy acogedor, es…, es perfecto. En serio, es perfecto. Me gusta mucho. ¿Cuándo tenéis pensado instalaros aquí definitivamente?

- Pensamos trasladarnos cuando acabe el curso. Así que este verano ya te llamaré para que nos ayudes en la mudanza.- le dijo con complicidad.

Roberto le propuso a su madre salir a cenar algo, pero ella prefirió quedarse allí.

Charlaban tranquilamente mientras acababan una botella de vino blanco que habían abierto para la cena.

Natalie dijo que la próxima vez que viniera planearían un encuentro con su familia, y así se conocerían ambas partes.

La familia de Natalie vivía en la otra punta del país. Se dedicaban a la cría de ganado. Tenían una granja a las afueras de un pueblecito pequeño. Sofía había visto fotos del hogar de Natalie, de sus padres y hermanos.

Roberto había pasado allí estas últimas navidades.

El resto del fin de semana transcurrió tranquilo.

El lunes, Sofía volvió a coger el avión que la llevaría de vuelta a su hogar, a su rutina diaria.

Roberto y Natalie la despidieron en el aeropuerto y prometieron ir a visitarla pronto.

Capítulo 3

Sofía cerró la puerta tras de sí. Dejó la maleta en su habitación y se dirigió al comedor.

Observó que una nueva caja de antena, sustituía la antigua. Retiró las cortinas y abrió el ventanal de salida a la terraza. Salió y se sentó en un balancín que había en una esquina.

Ya había oscurecido, no sabía que hora podría ser, miró su reloj y comprobó que eran más de las diez. La noche estaba tranquila. Una leve brisa mecía las plantas que lánguidamente habitaban en los maceteros de Sofía.

Su piso era interior, así que a él llegaban vagamente los ruidos de la calle. La tranquilidad reinaba en el ambiente.

Sofía se mecía en su balancín con la mente en blanco. Allí permaneció relajada durante largo rato.

Volvía a estar en su casa, volvía a estar sola. Era cómo si todo el mundo siguiera con su vida, prosperara, mientras ella permanecía en pausa. Cerró los ojos y volvió a recordar su fugaz encuentro con Marcos. ¿Qué estaría haciendo él ahora?

Recordó la risa burlona de él cuando miró sus pies calzados con unos calcetines rotos. Recordó su aroma, sus besos….

Abrió los ojos y se percató que seguía en el balancín de su terraza. Se había quedado dormida. El fresco de la noche la había despertado. Se levantó y se fue a su cama. El reloj de su habitación marcaba las tres. No tardó en volver a dormirse.

Al día siguiente de vuelta al trabajo. La esperaba, impaciente, su amiga Laura, para ponerle al día de todo lo ocurrido el fin de semana.

Conocía a Laura desde el instituto. Habían sido siempre buenas amigas. Al poco tiempo de morir Jaime, Sofía cambió de trabajo. Fue Laura la que le dijo que en su empresa necesitaban personal, y luego la convenció para que presentara una solicitud. Desde entonces, además de buenas amigas,

trabajaban juntas.

Laura era un año mayor que Sofía. Alta y rubia cómo una espiga en verano. Estaba soltera. Nunca había creído en el matrimonio, y mucho menos en atar su vida a la de otra persona.

- ¿Qué tal ha ido todo, Sofía?- preguntó sonriente.

- Bien, relajante.

- ¿Bien, relajante? Esa no es una respuesta. - dijo burlona

- Roberto y Natalie se van a vivir juntos

- Oh!!!! Qué bien! ¿No?

- ¿Y tú?

- Por aquí todo igual. Este fin de semana no he salido, me he quedado en casa haciendo bondad, viendo películas y comiendo palomitas. Creo que me estoy haciendo mayor.

- Jajaja, ¿tú mayor?

Laura no dejaba pasar un fin de semana sin exprimirlo al máximo. Era cómo una niña de diecinueve años a la que no se le acababan nunca las ganas de salir y disfrutar al máximo.

Los días pasaron, uno detrás de otro, sin ninguna variación en la rutina de Sofía. Hacia ya diez días que había vuelto de Dublín y desde entonces su vida había transcurrido de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Era la hora de salir. Sofía apagó su ordenador, recogió su mesa. Se encaminaba hacia la salida cuando Laura la alcanzó.

- ¿Me vas a contar qué te pasa?- le preguntó directamente.

- Nada. ¿Es qué tendría qué pasarme algo?

- Pues yo creo que sí, que algo te ocurre. Y sabes… lo peor es que permaneces callada, que no me cuentas nada.

- Es que no hay nada que contar. – contestó sin ánimo.

- Desde que volviste, estás más callada que de costumbre, es cómo si estuvieras en tu nube. No quieres salir…. Si no te conociera diría que….-

calló.

- ¿Dirías qué?

- Pues diría que alguien ha entrado en tu vida. Tienes la cara de una quinceañera que descubre algo nuevo.

- Jejeje…, una quinceañera, Bah… no me hagas reír. Nadie ha entrado en mi vida, de sobras sabes que si eso fuera así, serías la primera en saberlo.

- Pues no se, estás muy rara. ¿Salimos esta noche? Y no admito un no por respuesta. Esta noche tengo que hacerle de canguro a mi hermano, pero para las once y media estaré libre. Así que quedamos a las doce donde Vito y si se te pasa por la imaginación no aparecer, iré hasta tu casa y te daré el tostón allí. ¿De acuerdo?

- Vale, no me das muchas alternativas, ¿no? A las doce en el local de Vito.

Las dos amigas se despidieron. Sofía se montó en su coche y cogió rumbo a su casa.

Estaba tumbada en el sofá, mirando la televisión, cuando se percató que eran más de las once.

Se levantó y se dio una ducha rápida. Se vistió y se encaminó a la cita que tenía con su amiga Laura.

Encontró aparcamiento a un par de calles del local de Vito.

Vito era un pub del centro de la ciudad. Llevaba muchos años siendo un local de moda, aunque Sofía solo hacia un par de ellos que lo frecuentaba. Lo descubrió, gracias, como no, a su amiga Laura. Desde entonces iba a menudo junto a ella para tomar alguna que otra cerveza y desconectar un rato.

Estaba llegando a la entrada, cuando a lo lejos oyó su nombre. Se giró y vio a su amiga que corría hacia ella.

Llegaron juntas a la amplia entrada del local vigilada por dos seguratas. Estos le abrieron la puerta y las dos amigas entraron.

Era un local bastante grande. A la izquierda había una gran barra de bar con sus mil y una botellas de licor esperando que algún cliente pidiera de ellas. Al fondo otra barra más pequeña y unas cuantas mesas con pufs y algún que otro sofá. En el medio un gran espacio libre ejercía de pista de

baile.

- ¿Qué tal Laura? Y compañía. - les saludó un camarero al verlas aparecer.

- Bien, a tomar algo cómo cada jueves. ¿Nos pones dos cervezas Isaac?- contestó Laura.

Las dos amigas se sentaron en la barra. El camarero obedeció y sirvió una cerveza a cada una.

- Hacia días que no te veíamos por aquí.- dijo dirigiéndose a Sofía.

- Si. Hacia días que no venía. Y hoy casi me han obligado.

- Bueno, ya sabes que a Laura no se le puede negar nada, ¿verdad?- le contestó Isaac mirando a esta última.

- Bah!!! No empieces Isaac.- contestó Laura.

El local estaba bastante lleno, últimamente había más ambiente un jueves que cualquier sábado. La media de la edad de los clientes era de unos treinta y cinco años a cuarenta y tantos.

En el fondo del local había un grupo de chicos jugando al billar y entre ellos estaba Marcos.

Sofía no se percató de su presencia. Al contrario de Marcos, que la vio entrar y sentarse en la barra, aunque continuó junto a sus compañeros jugando, no le quitaba la vista de encima.

- Bueno, Sofía, me lo vas a explicar de una vez o, ¿voy a tener que emborracharte para que confieses? - preguntó su amiga.

- ¿Emborrachar?, jejeje, no, no será necesario.

- Pues venga, desembucha.

- La otra noche estuve con alguien. - confesó Sofía.

- Lo sabía, es que lo sabía, tu mirada te delata. Y encima me lo negabas.

- No, no te lo negué. Lo que te dije es que no había nadie en mi vida.

- Ya…, y qué ha sido en Dublín ¿no? Si es que estaba segura que con tanto viaje…, si no era un día sería otro. ¿Qué ha sido un universitario?

¿Cómo ha sido? ¿Cómo lo hacen los vikingos?

- Pero, ¡qué estás hablando Laura! No, no ha sido en Dublín, ni tampoco ha sido con un vikingo. Fue antes de irme de viaje. En mi casa.- contestó escueta.

- ¿En tu casa? Pero, ¿qué me estás contando? ¿En tu casa?, y ¿quién es? ¿Lo conozco?- preguntó entusiasmada.

- Si, lo conoces, o eso creo.

- Esto se pone interesante… Va suelta.

- Sabes que cambiaron no se qué historia de la antena del bloque, ¿no?

- Si, algo me comentaste.

- Pues en mi casa algo falló y cuando subió a arreglarlo… No se cómo pudo ocurrir… No se… Todo fue rápido… Cuando quise darme cuenta ya estaba en el suelo quitándole la ropa y… pasó. Pero eso fue todo, pasó aquella noche y ya está. No hay nada más que contar.

- ¿Qué, qué eso es todo? ¿Qué ya está? Joder, te has lucido Sofía.

- ¿Qué me he lucido?- preguntó Sofía.

- Si tía, llevas en el dique seco cuatro años y te estrenas con el primero que aparece a arreglar unos cables en tu casa. No se… creía que existía un código entre nosotras.

- ¿Un código? ¿De qué me estás hablando?

- Joder, pues es fácil. No se si llamarlo código o no, pero se suponía que las amigas se respetaban, ¿no? Que las parejas de las amigas eran intocables. Y te lo digo yo que nunca le he dado mucha importancia a quién he metido en mi cama. Pero las parejas de las amigas son sagradas. Creía que tú pensabas así.- después de esto Laura quedó seria y callada.

- ¿Las parejas de las amigas?, ¿a qué te refieres?

- ¿Cómo que a qué me refiero?, creo que está bastante claro ¿no? O es que a parte del sentido del honor ¿también has perdido el juicio? Me comentaste que la empresa que iba a hacer esas reformas era la del marido de Matilde ¿no?

- Si. - afirmó Sofía.

- Pues creo que está claro a lo que me refiero. Matilde es tu amiga, o eso creía yo. Además…. Alonso…. No es que sea tan apetecible cómo para no poder resistir la tentación. – acabó la frase con una cara de desagrado que delataba el mal gusto que pensaba que había tenido su amiga.

- ¿Alonso? ¿Pero que estás diciendo?, jejejeje. - Sofía rompió a reír a carcajadas.

- ¿A no? Uffff. Por un momento pensaba que habías perdido el norte del todo. ¿Eh?, pero si no ha sido Alonso y se supone que yo lo conozco…, me he perdido.

- No fue Alonso, pero ¿por quién me tomas, tía?

- Ah, yo qué se, jejeje..., yo qué se, jejejeje...- las dos rieron juntas. No podían parar de reírse, pero Laura preguntó como pudo - Venga, me estás diciendo que te has tirao al primer técnico desconocido que entra en tu casa a apretar un tornillo. No me lo puedo creer. No de ti, Sofía. Si que te has desmelenado ¿eh? Ahora dime cómo se llama y quién es, pues me has dicho que yo lo tendría que conocer ¿no?

- Es Marcos, el hijo de Matilde.- Laura estaba dando un trago a su cerveza y se quedó sin aliento, comenzó a toser.

- ¿Marcos?, o sea… A ver si lo he entendido bien esta vez. No te has tirado al marido de Matilde, pero si te has beneficiado a su hijo. ¡Vaya!, te has lucido, nena, ¡si señor! Pero si es un yogurin. Eso es lo que yo llamo volver a los ruedos por la puerta grande… Esto hay que celebrarlo.- dijo alzando su copa y chocándola contra la de Sofía.

- Bueno, no te pases, tampoco es ningún yogurin.- intentó excusarse Sofía

- No, hombre…no, seguro que la virginidad no la perdió contigo la otra noche, pero… no me negarás que le llevas unos añitos ¿no?

- Si, bueno, no tantos, no se….

- Joder Sofía, debe tener unos treinta o treinta y pocos. ¿O me lo vas a negar?

- No, no te lo niego.

- ¿Y qué tal todo? ¿Ya te acordabas de lo qué tenías qué hacer? Después de tanto tiempo….

- Vete a la mierda Laura! No te burles, tía.

- Perdona. Hablando en serio, ¿Qué paso?

- Pues… no lo sé. Estaba arreglando la antena y se hizo un corte en la mano. Yo se lo curé y sin saber cómo… nos quedamos mirando y luego ya sabes lo que sigue.

- ¿Y se portó bien el niño?

- Que no es un niño.- protestó Sofia.

- Perdona. No es un niño.

- La verdad es que se porto muy bien. - Sofía rió.

- Ya veo, ya veo.

- Joder, hacia tanto tiempo que…

- Vamos, que te ha dejado anonadada.

- Si, pero ya está.

- ¿Ya está?, pues yo creo que no está.

- Ha sido solo un polvo, un revolcón.

- ¿Estás segura?-preguntó Laura.

- ¿Cómo qué si estoy segura? Claro que lo estoy.- afirmó Sofía.

- Cuando se trata de un simple polvo, al día siguiente no te acuerdas. Y menos después de quince días. Te revuelcas con el tío que sea y cuando acabas, ahí se queda todo. Él tira por su lado y tú por el tuyo. Continúas con tu vida cómo antes, no pierdes ni un segundo de tu tiempo en volver a pensar en lo que hiciste. Y creo que ese no es tu caso. ¿O me equivoco?

- Es que no se trata de lo que hice, sino de con quién lo hice.

- ¿Y eso qué tiene qué ver?, tú misma me has dicho que sois los dos mayorcitos ¿no? ¿Tú lo forzaste, le obligaste a hacer algo que el no quería? No ¿verdad?, pues entonces no creo que se trate del quién.

- Es mi vecino, es el hijo de mi amiga. - se lamentó Sofia.

- Ya, si eso ya lo sabemos las dos, pero si no ha significado nada para ti,

no tienes que seguir dándole vueltas.

- Pero, es que hacia tanto tiempo que no sentía…

- Si demasiado tiempo, eso ya te lo he dicho yo muchas veces. Cuántas veces te he dicho que el que murió fue Jaime, no tú. ¿Cuántas veces? El que haya sido con él no tiene nada que ver. O es que ¿te da miedo que le vaya con el cuento a su madre?, no creo que este sea el caso. Es evidente que los dos necesitabais lo mismo. Los dos estabais en el momento y lugar preciso, y ya está. No creo que cuando se cruce contigo en el rellano te insinué lo más mínimo sobre aquella noche.

- Supongo que llevas razón.

- Supones no, es que la llevo. Erais lo que más a mano teníais ambos en ese momento y lo aprovechasteis. No hay que darle más vueltas tía.

Se pidieron otra cerveza y continuaron charlando.

- Me alegro por ti, Sofía.

- ¿Te alegras?

- Si, me alegro, ya es hora que volvieras a ser persona, de que volvieras a disfrutar de los placeres de la vida. No todo es trabajar y ser una madre responsable. Hay más cosas. Tu hijo ya es mayor, vive por su cuenta y tú te has estancado. No te lo mereces. Pero lo peor de todo es que eres tú la que has elegido seguir así. Perdiste a tu marido, si… Pero perdona que te lo diga, él no valía todo esto. O ¿tengo que recordarte lo que estaba pasando antes de que él muriera? ¿Tengo que recordarte lo que descubriste semanas después de su muerte?

- No, no tienes. Además, ¿qué tiene esto que ver con lo que te acabo de contar?

- Tiene mucho que ver. Primero te quedaste sola y luego cogiste miedo. Miedo a los hombres, miedo a ti, a no estar a la altura. Entérate que el problema no era tuyo, sino de él.

- Llevas razón, pero no todo es tan fácil, no al menos para mí.

- No, es más fácil cerrarse en banda ¿no? Así te proteges y te aseguras de no volver a pasar por eso otra vez, te aseguras de que nadie te vuelva a hacer sufrir. Pero hay más, al tomar esa aptitud también te pierdes cosas. Te pierdes momentos de tu vida, dejas de disfrutar, cómo disfrutaste la otra noche. Lo peor de hablar esto contigo, es que sabes que llevo razón. Pero no haces nada por remediarlo. Espero que ese chaval te haya abierto

los ojos y que ahora veas las cosas de otro modo.

- Susana!!!!!- gritó el camarero.

Las dos amigas se giraron hacia la entrada y vieron a un grupo que entraba. Entre este se hallaba Susana, la antigua novia de Marcos.

Ella y el camarero se saludaron con falso entusiasmo, se dijeron falsos cumplidos.

Sofía se la quedó mirando. Al lado de ella estaba Jorge, el nuevo peón por el que había cambiado a Marcos. Sin saber por qué la miró con asco. Esta se dio cuenta de que Sofía la miraba.

- Hola Sofía. Cuanto tiempo.-le saludó falsamente.

- Hola. Si, hace tiempo que no nos veíamos. Claro, que como cambiaste tus costumbres de repente, quizás es por eso por lo que no nos vemos. ¿Qué tal estás?- Sofía le lanzó el puñal, aunque no sabía muy bien por qué estaba actuando de esa forma. Nunca había tenido una relación demasiado cordial ni con ella ni con Marcos.

- Yo bien, ¿y tú? Veo que sigues sola, cómo siempre. - Susana le devolvió el ataque.

- Tampoco hace falta pegarse a nadie para estar acompañada. Cuando necesito compañía, simplemente me la busco.

- Si, lo malo es cuando se busca y no se encuentra ¿verdad?, los años van pasando y todo se complica.

- Pues…, no sé, ese no es mi caso. Así que no sabría qué decirte.- las dos mujeres quedaron mirándose. Se podía cortar con un cuchillo el ambiente que se había creado entre ellas. Los demás simplemente contemplaban, asombrados, el espectáculo

- Me alegro de verte. - con esta frase Susana se despidió y se adentró con todo su séquito en el local.

Desde el fondo, Marcos continuaba observando a Sofía, y aunque presenció el encuentro entre las dos mujeres, desde donde él se encontraba no pudo oír nada de lo que se habían dicho.

- Tío, ¿qué te ocurre esta noche?, estás ido.- le preguntó a Marcos un amigo de los que estaban jugando junto a él al billar.

- No te has dado cuenta colega, acaba de entrar Susana y Jorge- le

contestó otro de los chicos que estaban allí.

- Buahh! Estos dos ¿no tendrán otro sitio dónde ir?- volvió a decir el primero.

Marcos no abrió la boca, no dijo nada a todo esto.

- ¿Qué haces tía?- preguntó Laura a Sofía

- Saludaba a una vieja conocida.

- ¿Qué saludabas a una vieja conocida? Solo os ha faltado escupiros a la cara. Esa era la novia de Marcos, ¿no?

- Si.

- Buff, y dices que solo fue un polvo. Ten cuidado Sofía.- le recomendó.

- ¿De qué tengo que tener cuidado, de esa?

- No, ella no es el problema. El problema eres tú. No se qué pasó esa noche en tu casa, pero te estás quedando pillada de ese chaval, y eso tampoco es lo que te conviene.

- No me estoy colgando de nadie.

- Eso espero, eso espero.

Las dos amigas acabaron sus cervezas y se marcharon.

Metió el último tetra bric en el armario de la cocina, y con eso concluyó de recoger la compra que había traído del súper.

La radio anunció que eran las ocho de la tarde. Se apresuró para arreglarse un poco. Aquella noche había quedado con su habitual grupo de amigos para ir a cenar. Abrió su armario y sacó de él un vestido de punto negro, sin mangas y con el cuello cerrado. Se puso unas medias de color carne y se colocó el vestido. Eligió unos zapatos, también negros, de tacones altos y atados al tobillo. Fue al lavabo, se maquilló ligeramente y peinó su cabello dejándolo suelto. Cogió un bolso y metió en él su móvil, el monedero y las llaves del coche. Se dio un último retoque en el espejo que había en el recibidor de su casa y salió.

Aquel año la primavera se había adelantado, y lo mismo había pasado con el verano. Estaban a mediados de junio y en los últimos días las altas temperaturas eran las protagonistas. La noche se presentaba calurosa y

por ello decidió salir sin chaqueta.

Salió del parking montada en su coche y se encaminó a un cajero cercano para sacar algo de dinero. Cuando salía de este se topó con Marcos que entraba.

- Hola Sofía.- saludó él.

- Hola Marcos. ¿Qué tal va todo?

- Bien. Veo que ya has regresado de Dublín.- comentó aún a sabiendas de que sólo se había ido un fin de semana.

- Si. Hace mes y medio que regresé.- rió - Solo me fui un fin de semana.

- ¿Qué tal esta Roberto, cómo le van las cosas?

- Bien, el equipo le ha renovado la ficha, aunque esta vez cómo jugador, no cómo becario

- Que bien! Me alegro mucho por él. ¿Y Natalie, cómo siguen?

- Se van a ir a vivir juntos.

- Eso si que es una buena noticia. - contestó Marcos fingiendo alegria.

- Si, una buena noticia.

- Sofía…. Sobre lo que pasó la otra noche…. No quiero que pienses que yo… No se qué me pudo pasar.

- No, bueno… yo tampoco suelo revolcarme con el primero que entra en mi casa.- después de pronunciar aquella frase se percató de lo mal que sonaba lo que acababa de decir.

- Ya… pero…

- No le des más vueltas Marcos, somos adultos, ¿no? Aquella noche pasó lo que suele pasar a veces entre dos adultos. Pero no hay que darle más importancia de la que tiene.

- No, no hay que dársela, porque no la tiene. Pero quería cerciorarme que entre tú y yo… bueno que nuestra relación seguiría siendo igual que antes de que ocurriera nada.

- Si es por eso, no tienes que preocuparte de nada. Por mi parte seguimos siendo dos vecinos con una cordial amistad. Y ahora, si me permites, tengo un poco de prisa, he quedado y ya llego tarde.-dijo a la vez que

iniciaba el paso hacia su coche.

- Adiós, Sofía.

- Hasta la vista. - respondió montándose en el coche.

Arrancó el motor y se marchó. Marcos se quedó mirando cómo se alejaba calle abajo.

Llegó al restaurante dónde habían quedado y ya estaban todos allí esperándola. Durante la cena hablaron de temas diversos y rieron. Cuando acabaron, algunos se retiraron a sus casas, pero un grupo, entre las que estaban Laura y Sofía, decidieron ir a tomar una copa.

- ¿Dónde vamos?- preguntó uno de ellos

- No se para qué preguntáis, si siempre acabamos en el mismo sitio, donde Vito, así que no se hable más.

Se encaminó cada uno de ellos a dónde tenían el coche. Poco después entraban todos en el local de Vito. Eran unas nueve o diez personas y se aposentaron a medio camino de la barra de la entrada. El local estaba casi lleno y la música aquella noche sonaba más alta que de costumbre. Pidieron algo de beber. Continuaron con las conversaciones que habían quedado a medias durante la cena.

Llevaban allí ya un buen rato cuando unos gritos que provenían del fondo del local llamaron su atención. Se giraron para ver qué es lo que sucedía y vieron volar un taburete. Dos hombres se peleaban.

Sofía pudo distinguir entre la muchedumbre que los dos que se atizaban eran Marcos y Jorge.

Rápidamente llegaron los de seguridad y los separaron.

Susana se apresuró a atender a Jorge, mientras un segurata, alto y fuerte cómo un gorila, agarraba a Marcos y lo dirigía hacia la salida.

Cuando pasaron a su altura, Laura le preguntó al oído:

- ¿Ese no es Marcos?

- Si, es él- le contestó a la vez que se giraba de nuevo hacia la barra y cogía su cerveza.

Bebió un trago, dejó la botella encima de la barra y cómo si fuera un resorte, se levantó del taburete, cogió su bolso y se encaminó hacia la

salida.

- ¡Sofía!- le gritó Laura al verla salir de ese modo, pero ella continuó su camino sin girarse.

- ¿Qué ocurre?- preguntaron asombrados los demás

- Nada, no pasa nada, enseguida vuelve.-apaciguó Laura.

Salió del local y vio en la calle al guardia de seguridad que recomendaba a Marcos que sería mejor que se fuera. Lejos de obedecer las recomendaciones de este, Marcos se encaraba con él.

Sofía se abrió paso entre la multitud que se había congregado para ver el final de ese circo.

Llegó donde se encontraba Marcos y cogiéndolo del brazo lo apartó a empujones del guardia de seguridad.

Marcos era bastante más corpulento que ella, por lo que le costó bastante alejarlo de allí.

- ¡Marcos! ¡Marcos! Vámonos.

Pero Marcos parecía no entrar en razón.

- ¡Joder, Marcos, vámonos! - le gritó nuevamente.

- Será mejor que le hagas caso chico. Por esta noche ya está bien.- le dijo el guardia.

No sin trabajo, consiguió que éste desistiera y los dos se alejaron caminando de allí.

Anduvieron unos metros y se sentaron en la acera.

- ¿Qué ha pasado, Marcos?

Marcos guardó silencio. Tenía unos nudillos marcados en la cara.Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una bolsita. Comenzó a liarse un porro. Sofía lo miraba. Cuando acabó de hacerlo lo encendió y comenzó a fumar.

- ¿Qué haces, no te has metido ya suficiente mierda esta noche?- le recriminó.

- Ahora qué, ¿vas a ejercer de madre conmigo? A estas alturas eso ya no

te pega, ¿no crees?

- No lo hago por ti. Si tú quieres hundirte aún más en la mierda, a mí eso me da igual. Si te lo digo es porque me preocupo por tu madre. Es mi amiga. Lo pasó muy mal hasta que saliste de toda esta mierda hace unos años. ¿O ya lo has olvidado?- se quedó mirándolo fijamente con cara de enfado.

- Ah, vale, entonces si lo haces por mi madre..., había olvidado que sois amigas.

- Si, es mi amiga y no quiero volver a verla sufrir por toda esa basura.

- ¿Puedo hacerte una pregunta? Sofía- estaba borracho y aunque le costaba mantener la mirada fija en un punto, intentó fijarla en ella.

- Si.

- ¿Te acuestas con los hijos de todas tus amigas?

- ¡Vete a la mierda! Marcos, ¡eres un cabrón!- se levantó enfadada y comenzó a caminar hacia el bar.

- ¡Sofía! ¡Sofía! Perdóname, por favor, ¡perdóname!- Marcos se levantó y corrió hacia ella.

Ella se detuvo, aunque no se giró. Él la cogió del brazo y le dijo:

- Perdóname por lo que te acabo de decir, por favor, perdóname.- le suplicó.

- Te has pasado. Te has pasado tres pueblos Marcos, creo que no merecía que me dijeras eso.

- Si, lo sé, perdóname. Ven, siéntate a mi lado, por favor.

- ¿Qué te pasa? te comportas cómo un niñato. Crees que la vida es cómo ese puto porro ¿no? Crees que los problemas se irán con el humo de ese porro cuando acabes de fumártelo. Pues te equivocas, el humo se irá, pero los problemas seguirán aquí cuando acabes de fumar. Los problemas has de solucionarlos tú. Tienes que plantarles cara. Crees que por haberte partido la cara con Jorge vas a olvidarte de lo qué te hizo. No, no lo olvidarás. Los rencores seguirán ahí, los recuerdos permanecen, no se pueden borrar. Has de aprender a convivir con ellos, has de aprender a pasar página y continuar con tu vida.- Marcos guardaba silencio.

- Pero no puedo, no se. ¿Sabes lo que más me duele de todo esto? Es que

él era mi amigo. Podía haber hablado conmigo, ¿no?

- Si, claro. Podía haberte pedido permiso para acostarse con tu novia, ¿no? Esas cosas suceden. No eres el único al que le ha pasado algo así, ¿sabes? La calle está llena de gente que le ha ocurrido lo mismo que a ti. Pero ellos no se han estancado, no se han refugiado en la maría y compañía. Le han echado narices y han seguido con sus vidas. Las han rehecho, de una forma u otra han encontrado la manera de dejar el pasado a un lado para poder seguir caminando hacia delante. Deja de mirarte el ombligo, deja de compadecerte de una puta vez y reacciona. Tú eres mucho más que ese engaño, más que esa ruptura. Tú…- guardó silencio.

- No me he metido nada. Solamente he bebido y me he liado este porro. – le confesó con sinceridad.

- Pues, nadie lo diría. Si eso que dices es verdad, ¿qué hace esa papelina en tu bolsillo?- él no se había dado cuenta, pero Sofía la había visto cuando él sacó la bolsita de maría. Tragó saliva y contestó.

- Es cierto, llevo una papelina en el bolsillo. La he comprado esta tarde, no se por qué, pero no la he abierto.

- Me cuesta creerte, perdona, Marcos.

- ¡Sofía!- gritaron

Ella se giró y vio a cierta distancia a su amiga Laura, estaba allí de pie. Se levantó y fue hacia ella.

- Sofía, nosotros nos marchamos. - comentó Laura

- Yo me quedo, no puedo dejarlo aquí en ese estado. - se excusó

- ¿Estás segura de lo qué estás haciendo?

- Si, estoy segura. Solamente esperaré un rato a que se despeje y luego lo acompañaré a su casa. Eso es todo.

- Si tú crees que eso es todo, yo lo veo bien. Ten cuidado.

- ¿Cuidado de qué?

- Nos vemos mañana ¿vale?- Laura esquivó la pregunta.

- Si, nos vemos mañana, Laura.

Laura se giró y comenzó a caminar en dirección contraria a ellos. Sofía volvió al lado de Marcos.

Él se metió de nuevo la mano en el bolsillo y sacó la papelina. Se la enseñó a Sofía y luego la rompió esparciendo el contenido en la calle.

- Si no pensabas metértela, ¿por qué la has comprado?

- No lo sé. Quizás antes si que pensaba metérmela, no lo sé.

- No lo sé, no lo sé. Eso es todo lo que se te ocurre decir. Reacciona Marcos, por favor. Te estás hundiendo a ti mismo. Tú mismo te estás cavando la fosa de la que no tienes ninguna intención de salir. Vamos, levanta, daremos un paseo para que se te pase el colocón.

Los dos se levantaron y comenzaron a caminar.

- Tus colegas se han ido y tú te has quedado aquí conmigo. - comentó Marcos.

- Si, pero eso no tiene importancia. Prefiero quedarme a vigilarte y evitar que vuelvas a partirte la cara con el primero que encuentres.

- Te he chafado la noche. ¿Por qué te preocupas de mí?

- Eres mi vecino, ¿no? Y yo soy una persona responsable que se preocupa por sus vecinos. - dijo sonriendo a modo de excusa.

- Eso no suena muy convincente.

- Deberías coger las riendas de tu vida de nuevo, o luego puede que sea tarde.

- Es difícil. Desde fuera puede que parezca fácil hacerlo, pero desde aquí dentro, la cosa cambia. La verdad es que me siento perdido, hundido. Todo a mí alrededor se ha desmoronado. Me siento solo. - se lamentó.

- Puede que lo veas así, pero esa no es la realidad. Parte de tu vida se ha ido a la mierda, en eso llevas razón. Pero tu vida es mucho más que esa parte. Tienes mucha gente a tu lado que sigue ahí. Tienes a tu familia, a tus colegas y si te quitaras esa venda que te ciega y miraras a tu alrededor, verías una vida llena de posibilidades. Si miraras más allá de tu propio ego, descubrirías que el mundo no se termina con Susana. Solo tienes que echar un vistazo y descubrirías un montón de tías dispuestas a estar contigo. Tienes treinta años, tío, tienes toda la vida por delante.

- Treinta y tres. - le rectificó

- Jejeje… Bueno, pues treinta y tres. - se detuvieron y ella se lo quedó mirando. - Estás hecho una mierda, ¿eh?-le dijo Sofía.

- ¿Y tú, eres una de ellas?

- ¿Una de qué?- preguntó Sofía sin saber a qué se refería

- Una de las que les gustaría estar conmigo.

- No sigas diciendo gilipolleces, estás bebido.

- Si estoy bebido, pero se perfectamente lo que te estoy diciendo.

Los dos callaron y siguieron caminando sin rumbo. Él la cogió de la mano.

- Tienes las manos congeladas. - le dijo

- Si, está refrescando.

La acercó hacia él y le pasó el brazo por encima de sus hombros, acurrucándola.

- Gracias por quedarte conmigo Sofía.

- No, no tiene importancia. Supongo que tú habrías hecho lo mismo por mí, ¿no?

- No puedo dejar de pensar en lo que sucedió en tu casa. - Sofía guardó silencio. – Sin saber cómo, te has metido en mi mente. No ha pasado ni un solo día desde entonces que no haya pensado en ti. Muchos días he salido a la calle, solo con la esperanza de cruzarme contigo y volver a verte. Cuando me acuesto por las noches y cierro los ojos me invade tu aroma. Intento imaginarte en tu casa. Me imagino lo que estarás haciendo y me quedo dormido con tu imagen en mi pensamiento.

- No sigas por ahí, Marcos, no es buena idea. Eso no llevaría a ningún sitio. Lo que pasó la otra noche…, puede que no tuviera que haber pasado.

- ¿Te arrepientes?

- No, no es que me arrepienta de lo que pasó, simplemente es que esto no nos llevará a ningún sitio. Nuestras vidas son muy diferentes, y creo que es mejor dejarlo ahí, en lo que pasó la otra noche y ya está. No tiene

sentido continuar con todo esto.

- ¿Por qué? ¿Es qué tienes miedo, o es qué tú no sentiste nada?

- No, no tengo miedo, pero las cosas no son tan fáciles.

Sofía se acordó de las palabras de su amiga Laura, en las que le advertía que tuviera cuidado, que se estaba quedando enganchada de ese chaval. Estaba descubriendo que para él tampoco había sido un simple encuentro. Aunque puede que todo este sermón fuera el resultado del cóctel de bebida y maría que Marcos llevaba en el cuerpo.

- Ya es tarde. - dijo ella. - Creo que no es buena idea que aparezcas así en tu casa. Lo mejor será que busques un sitio dónde dormir un rato y cuando te hayas recuperado vuelvas.

- ¿Un sitio? Pues como no me tire a dormir en la playa, estoy sin un duro.

- Buscaremos un hotel, una pensión… Yo te pagaré la habitación y ya me devolverás el dinero.

- No, no te preocupes, ya has hecho bastante por mi. Volveré a casa. Además, mi madre ya está acostumbrada.

- Por eso, ¿no crees que ella no se merece esto? Estás hecho una mierda, necesitas una ducha y dormir un rato. Además, no te estoy regalando nada, si es eso lo que te preocupa. Me tendrás que devolver lo que cueste la habitación.

Llegaron a donde Sofía tenía aparcado el coche. Lo abrió y subieron los dos.

Condujo por las calles hasta que vio el letrero de una pensión. Aparcó el coche.

Durante todo el trayecto, Marcos había permanecido callado, con la mano sujetando su cabeza.

Bajaron del coche y entraron en la pensión. Sofía pidió una habitación y pagó.

Los dos subieron por unas empinadas y estrechas escaleras hasta el primer piso. Entraron en la habitación.

Había un espejo redondo en la entrada y él se detuvo a mirarse la cara. Inspeccionaba el golpe que tenía en la mejilla derecha. Se le estaba

hinchando y su color cambiaba por momentos a tonos morados.

- Entro un momento en el servicio y me voy, ¿vale?

- Tú mandas. - respondió él.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Estaba cansado y le dolía la cabeza.

Sofía salió del lavabo y lo vio allí tumbado en esa maltrecha cama, con los ojos cerrados.

Él no se inmutó al oírla salir.

Sofía lo miraba y pensaba que quizás no había sido una buena idea acompañarlo hasta la habitación. Por suerte, él se había quedado dormido, o eso creía ella.

Se acercó y le acarició el golpe de su mejilla. Rozó sus labios con sus dedos.

Pretendía marcharse, cuando él le cogió por el brazo, abrió los ojos y le dijo:

- No te vayas. Quédate esta noche aquí conmigo. Solo esta noche.

Sus miradas dentelleaban de deseo.

Sofía se acercó lentamente y lo besó.

Tenía miedo de volver a estar con él, aunque sabía que después de eso, ya no habría marcha atrás.

Las caricias de él la hipnotizaron y el deseo de volver a yacer junto a él superaban la poca cordura que le quedaba, y que le recomendaba a marchas forzadas que no lo hiciera.

Se desnudaron el uno al otro sin dejar de acariciarse. Él la tumbó en la cama, acariciaba su pelo, su cara, sus labios. Sus manos bajaron lentamente por su cuello, hasta llegar a sus pechos desnudos.

La respiración de él era tranquila, pausada.

Ella allí, atrapada entre los brazos de Marcos, bajo su cuerpo musculoso.

Juntos salieron a navegar por ese mar de deseo. Las olas embravecidas los atraparon y uno dentro del otro navegaron en calma por esas aguas

espumosas.

Al final atracaron su barca en un muelle desierto, en un muelle en calma.

No podían dejar de besarse, el magnetismo que sentían ambos era mayor que el de la última vez. Esta vez si que habían sido conscientes de sus actos.

Quedaron abrazados, allí, encima de esa cama desconocida, y uno al lado del otro se quedaron dormidos.

El ruido de la calle atravesaba los finos cristales de la ventana de la habitación.

Sofía abrió los ojos y cuando fue consciente de dónde se encontraba, miró a su alrededor.

Las paredes estaban amarillentas, las cortinas que inútilmente intentaban impedir que el sol de la mañana entrara, eran del mismo color añejo que las paredes. Una silla solitaria que acompañaba a una pequeña mesa era el único mobiliario de aquella habitación que olía a humedad.

La noche de antes no le había parecido un lugar tan lúgubre cómo hoy. Tal vez la magia del momento disimuló el estado lamentable de ese habitáculo.

La colcha que cubría la cama era de color rosado, con un estampado de flores en amarillo, tan fuera de tono cómo todo lo demás.

Eran las ocho menos cuarto de la mañana. Se había quedado dormida. Llegaba tarde al trabajo.

Se vistió apresuradamente.

Abrió su bolso y de su monedero sacó el último billete de veinte euros que le quedaba y se lo dejó encima de la mesita de noche. En un papel le escribió de forma escueta: “para el taxi de vuelta”.

Él seguía durmiendo.

Capítulo 4

Entró a toda prisa en su oficina y se encaminó hacia su mesa.

No tardó en aparecer Laura. Abrió la puerta y se la quedó mirando.

- Creo que alguien ha dormido hoy fuera de su casa.

- ¿Por?

- Joder, Sofía, pareces gilipollas. Has llegado tarde, apareces con la misma ropa que te dejé anoche y con unas ojeras que delatan que has dormido más bien poco. Al mediodía quedamos para comer y me cuentas. Por cierto, el jefe quiere verte.

- ¿Quiere verme? ¿Para qué?

- Pues no sé. Se ha pasado por aquí y al ver que no estabas ha dejado dicho que cuando llegaras pasaras por su despacho.

- Joderrr… Eso es lo último que necesitaba hoy.

Se levantó de su silla y fue hacia el despacho de su jefe. Llamó a la puerta y entró.

- ¿Te ha ocurrido algo, Sofía?- preguntó mirándola.

Tenía un estado bastante lamentable.

- Siento haber llegado tarde esta mañana. Pero…, el coche me dejó tirada a medio camino del trabajo.- le mintió

Su jefe se la quedó mirando. Su respuesta no era muy convincente, pero era la primera que se le había pasado por la cabeza.

- Espero que hayas arreglado ese problema.

Se moría de la vergüenza. Su jefe, ni por un momento se había tragado la bola que ella intentaba meterle.

- Dime, me han dicho que querías verme.

- Si, necesito que me entregues de nuevo el contrato y las estadísticas de la empresa R&J. No las encuentro y creo que están incumpliendo su parte.

- Si, enseguida te las busco y te las hago llegar.

Sofía trabajaba en una empresa de marketing y servicios. Ella era una simple pisa papeles, cómo solía denominarse a si misma. Llevaba el control de las campañas de las empresas que contrataban los servicios. Aunque su único trabajo era controlar que todo se hiciera tal y cómo se había acordado en los contratos. Enviar documentos de una oficina a otra y en algunos casos aguantar las quejas de los clientes insatisfechos por las fechas de entrega.

Eran alrededor de las doce de la mañana cuando el teléfono de Sofía comenzó a sonar. Lo buscó en su bolso, y vio que era una llamada de Matilde.

- Si, dime.

- Sofía, menos mal que te encuentro. Ya se que estás trabajando, perdona que te moleste. Pero es que no sabía a quién llamar. – dijo con nerviosismo.

- Tranquilízate Matilde ¿Qué es lo que sucede?- preguntó preocupada.

- Es Marcos.

- ¿Marcos? ¿Qué pasa con Marcos?

- Verás, esta noche, no ha dormido en casa. Y cuando ha llegado hace un rato, tenía pinta de haberse peleado con alguien.- Matilde hablaba acelerada, nerviosa.

Sofía de sobras sabía que él no había pasado la noche en casa.

- Pero, tranquilízate y explícame qué ocurre.

- Pues, verás… Al rato de llegar a casa, han picado al timbre y cuando he abierto la puerta, era la policía que preguntaba por él.

- ¿La policía?- se asombró.

- Si, la policía, y se lo han llevado. Sofía se lo han llevado.

- Pero, ¿por qué?

- Han dicho que lo acusaban de destrozos de bienes a terceros y vandalismo. Le han preguntado que dónde había estado la noche de antes. Pero él ha permanecido callado. Ha sido entonces cuando le han dicho que tendría que acompañarlos a la comisaría.- Matilde comenzó a llorar.

- ¿A qué comisaría se lo han llevado? ¿Te lo han dicho?

- Si, a la de la calle Balmes. Yo no se qué hacer. No sabía a quién llamar. Te he llamado a ti antes que a nadie, no se por qué.
Vale, Matilde, tranquilízate, vale. Esto ha de tener una explicación. Yo voy para allí. No te preocupes, en cuanto sepa algo te llamo, ¿de acuerdo? ¿Has llamado a Alonso?

- No, no lo he hecho aún.

- Bueno, pues espera, ¿vale? No llames a nadie más. Yo te llamaré en un rato, no te alteres más, por favor. Esto ha sido todo un mal entendido, ya lo verás.

Sofía colgó su teléfono y cogiendo su bolso, salió de su despacho.

- Laura, tengo que pedirte un favor.

- Dime.

- He de salir, he de irme. Pero volveré pronto. Necesito que me cubras, que te inventes algo si alguien pregunta por mí. Dile que me encontraba muy mal y he ido al medico, o qué se yo…

- Pero, ¿qué es lo que ocurre Sofía?- peguntaba su amiga sin dar crédito a lo que oía.

- Han detenido a Marcos.

- ¿Y tú, qué tienes que ver en todo esto? No entiendo nada.

- No te pido que lo entiendas. Solo te pido que me tapes, por favor.

- Vale, ve tranquila. Yo te cubriré si alguien pregunta por ti. Pero me debes una explicación ¿eh?, una explicación sincera de todo lo que está ocurriendo.

- Gracias.

Salió, caminando deprisa, del edificio y se encaminó a su coche. Quince minutos más tarde entraba en la comisaría de la calle Balmes. Se dirigió al mostrador de la entrada y preguntó por Marcos Pérez. Amablemente un

agente le dijo que esperara en la sala contigua.

Diez minutos después apareció un hombre de mediana estatura, con entradas en su pelo más bien blanco y vestido con un traje sin corbata.

- ¿Usted preguntaba por Marcos Pérez?

- Si. Me llamo Sofía Jiménez. Me gustaría saber qué es lo que ha ocurrido.

- Sígame, por favor. – el agente le indicó el camino que debía seguir.

Cruzaron un pasillo hasta llegar a un despacho. El agente abrió la puerta e hizo señas a Sofía para que tomara asiento. Ella obedeció.

- Soy el capitán Alejandro Díaz. ¿Qué es lo qué desea saber?

- Verá, quisiera saber por qué han detenido al señor Marcos Pérez.

- Al señor Marcos Pérez se le acusa de vandalismo y destrozos a una propiedad ajena.

- ¿Destrozos en propiedad ajena? ¿Qué propiedad?

- Verá, señora, esta mañana a las once, más o menos, hemos tenido constancia que el coche de la señora Susana Ruiz, ha aparecido con las ruedas pinchadas y totalmente rallado.

- ¿Y eso, qué tiene que ver con Marcos?

- Anoche tuvo lugar en un local de la ciudad una disputa entre Marcos y la actual pareja de la señora Susana. No se si estará al tanto de que la señora Susana Ruiz ha sido pareja de Marcos Pérez, hasta hace poco tiempo, y que esta, en la actualidad, ha rehecho su vida con Jorge Almirate. Cosa que al parecer, según nuestras investigaciones, el señor Marcos no ha sabido superar.

- Si, todo eso lo sé. Pero, no veo la relación entre una cosa y otra. Estoy al tanto de la pelea que hubo en el local de Vito. Yo estaba presente. Los dos se liaron a puñetazos, el uno contra el otro. Pero una vez que los separaron Marcos abandonó el local.

- Si, esos datos los hemos contrastado con testigos presenciales. Pero desde el instante en que Marcos abandonó el local, hasta esta mañana a las once y media, hora en que según su madre, volvió a casa, no tenemos constancia de dónde pudo estar el acusado.

- Pero, ¿tienen imágenes o testigos que lo vieran destrozar el coche de Susana?

- No, no tenemos ninguna de las dos cosas. Pero los hechos apuntan a nuestro detenido. Además, él no nos ha facilitado una coartada exacta de dónde estuvo. Lo único que se ha dignado a decir es que anoche bebió demasiado y no se acuerda de dónde fue cuando abandonó el bar.

- Pues yo si puedo facilitarle esa información. Estuvo toda la noche conmigo. Salimos juntos del local. Puede hablar con uno de los guardias de seguridad. Yo lo separé de él y nos fuimos los dos. Fuimos a una pensión de la calle Granados. - Sofía buscó en su bolso.- Mire, esta es la factura que certifica que lo que digo es cierto. Pueden ir a preguntar al encargado del local que nos atendió. Hemos pasado allí toda la noche y esta mañana hemos salido juntos de allí. Hemos ido a desayunar juntos. Si quiere también puedo facilitarle la dirección de la cafetería. Sobre las once y cuarto o y veinte, no logro recordar con exactitud la hora, lo he dejado en el portal de su casa. Es a partir de esa hora en la que ya no sé qué ha hecho. Pero si dicen que ustedes se han personado en su casa alrededor de las doce, no creo que le diera tiempo de ir a destrozar un coche y regresar con tiempo de que ustedes lo encontraran en su casa de nuevo. Además, si mal no recuerdo, usted me ha dicho que es sobre las once de la mañana cuando se han denunciado los hechos. ¿No?

- Si, así es señora.

- Pues yo puedo garantizarle que a la hora en que se supone que rallaron el coche de la señorita Susana, Marcos se encontraba haciendo otras cosas.- dejó aparecer en su rostro una sonrisa maliciosa que daba a entender que los detalles de esas cosas sería mejor omitirlos.

El capitán analizaba las expresiones de Sofía. Hasta ahora había hablado con total convicción. Había contado su historia tan segura de lo que decía que, aunque ella sabía que parte de esta no era cierta, sabía también que era difícil demostrar que eso era así.

- ¿Estaría dispuesta a firmar una declaración con su historia? – le preguntó el capitán.

- Claro que estaría. Si no, ¿para qué cree que he venido hasta aquí? Además deje que le aclare que esto no es una historia. Lo que le acabo de relatar es la verdad de los hechos que ocurrieron anoche.

- Por supuesto señora, no he querido decir otra cosa.

- Bien, entonces todo está aclarado, ¿no? Marcos podrá marcharse a su

casa, ¿verdad?

- Bueno, sobre los hechos que se refieren al destrozo del auto de la señora Susana, todo ha quedado claro. Pero el que el señor Marcos pueda marcharse a casa, la cosa no es tan sencilla.

- ¿Por qué?- preguntó con sorpresa.

- Cuando ingresó en el calabozo se le sometió a un registro y se encontró en su poder una bolsa con sustancias ilegales.

- ¿Sustancias ilegales? - preguntó a la vez que a su mente llegaba la imagen de la bolsa de maría que Marcos llevaba en el bolsillo.

- Si, señora. Se le encontró una bolsita de maría en el bolsillo de su pantalón. Eso es ilegal ¿sabe?

- Si, claro que lo sé. ¿Y qué se puede hacer al respecto?

- Bueno, no era una cantidad penada por la ley, pero esto si que nos permite retenerlo setenta y dos horas. A no ser que se haga efectiva la fianza marcada.

- ¿Y cuánto es esa fianza? – preguntó Sofía.

El capitán ojeó rápidamente sus papeles.

- Son doscientos euros.

- ¿Cómo se puede hacer efectiva esa fianza?

- Ha de abonarse en la oficina de pago de la comisaría.

- Muchas gracias por todo capitán. Ha sido usted muy amable, si me permite.- Sofía se levantó y estrechó la mano del capitán.

Salió de la comisaría y buscó un cajero. Sacó los doscientos euros que hacían falta para pagar la fianza de Marcos y volvió a la comisaría. Hizo efectivo el pagó y firmó la documentación que un guardia le indicó.

Cogió un trozo de papel y escribió en él. Lo dobló y le pidió al guardia si era posible que se lo entregara al señor Marcos Pérez cuando saliera, junto con sus pertenencias.

El guardia le contestó, que sí, que así lo haría, pero que si se esperaba unos minutos, el detenido no tardaría en ser puesto en libertad.

Ella educadamente le dijo que no podía esperarse, que tenía prisa, pero que si le entregaba ese papel le estaría muy agradecida.

No tardó en salir Marcos. Un agente le acompañó hasta el mostrador de salida, donde tendría que firmar unos documentos y le entregarían sus pertenencias.

Leyó los folios que le entregaron y comprobó que estaban firmados por Sofía.

Le indicaron que leyera la declaración que había hecho Sofía y si estaba de acuerdo con esta la firmara. Comprobó que había mentido por él. Que le había contado una película a la policía para encubrirlo y que encima había pagado la fianza que le había puesto en libertad.

Le entregaron sus posesiones confiscadas rato antes y el guardia, cumpliendo la palabra que había dado a Sofía, le entregó la nota.

Marcos la abrió y la leyó. "Vete directamente para tu casa". La nota no estaba firmada, aunque de sobra sabía quién la había escrito.

Salió de la comisaría y tal y cómo le indicaba la nota se dirigió hacia su casa.

- ¿Dígame?

- Matilde, soy Sofía.

- Sofía!!! ¿Qué ha pasado?

- Ya está todo solucionado. Marcos va para casa, no tardará en llegar. Estate tranquila. Todo ha sido un mal entendido. – le explicó disfrazando la realidad.

- ¿Un mal entendido?

- Si Matilde. Lo habían confundido con otra persona. Pero no debes preocuparte de nada, todo ha sido una confusión. Ya está todo aclarado no te preocupes. Yo debo volver al trabajo.

- Gracias Sofía, gracias.

Colgó el teléfono y oyó que la puerta de la calle se abría. Vio entrar a su hijo y se fue hacia él.

- ¿Qué es lo qué ha pasado Marcos? – dijo malhumorada. - Sofía me ha llamado y me ha dicho que todo ha sido un mal entendido.

- ¿Por qué has tenido que llamar a Sofía, mamá?- le recriminó enfadado.

- ¿Y qué querías que hiciera? No sabía a quién acudir, hijo. ¿Qué está pasando Marcos? Anoche no dormiste en casa. Apareces esta mañana con la cara marcada, poco después aparece la policía preguntando por ti. Se te llevan y luego Sofía me dice que todo ha sido un mal entendido ¿Qué creéis, qué soy idiota? Se que ha pasado algo y que me lo intentáis ocultar.

- Mamá, Sofía y yo….

- Si, ya lo sé. Sofía y tú sois un par de mentirosos. – interrumpió a su hijo enfadada. - Pero no toleraré que esto vuelva a suceder. Mira Marcos, o las cosas cambian o habrán de ponerse las cartas sobre la mesa. ¡En cuanto vuelva tu padre esto se va a acabar! – le gritó.

- Mamá… Se que últimamente no me he portado bien. Anoche me peleé con Jorge, por eso tengo la cara así. Pero te prometo que a partir de hoy todo va a ser diferente. Cambiaré y todo volverá a ser cómo antes. Confía en mí. – le suplicó Marcos a su madre.

- Me gustaría poder creerte Marcos. Quisiera que lo que dices fuera cierto, y lo quiero por ti. Quiero que rehagas tu vida, que vuelvas a tener sangre en las venas.

- Te lo prometo mamá. Todo será diferente a partir de hoy, deja que te lo demuestre.- se acercó a su madre y la abrazó dándole un beso en la mejilla.

- No me gusta haber tenido que molestar a Sofía. Estaba trabajando y ha salido del trabajo por tu culpa, no es justo. Le debes una disculpa.

- Si mamá, le debo una disculpa, no te preocupes que se la daré.

Sofía entró apresuradamente en su oficina. Eran las dos y media de la tarde y la mayoría de sus compañeros habían salido a comer.

Trabajó hasta el final de su jornada sin salir de su despacho. Se sumergió en la montaña de papeles que había encima de su mesa. Repasó, archivó documentos, hizo llamadas, atendió las que le llegaron.

La puerta se abrió.

- ¿Qué tal ha ido todo?- preguntó su amiga Laura.

- Bien. Te debo una.

- Si, por supuesto que me debes una.

- Te invito a cenar en mi casa y te lo explico todo ¿vale?

- Esta noche, y con todos los detalles. A las nueve paso por tu casa.

- Hecho, a las nueve en mí casa.

Llegó a la hora acostumbrada a su casa. No tardó en sonar el timbre. Abrió la puerta, era Matilde.

- Hola Sofía.

- Hola, pasa. Iba a tomarme una coca-cola, ¿quieres una?

- ¿Una coca-cola? Necesitaría algo más fuerte para asimilar lo que me ha pasado hoy.

- Bueno pues, algo más fuerte. Tengo una botella de vino abierta en la nevera. ¿Eso va bien?

- Si, eso va bien.

- ¿Te has tranquilizado ya?

- Pero, ¿cómo me voy a tranquilizar? Perdona que hoy te molestara en el trabajo, pero no sabía a quién acudir. Podía haber llamado a Alonso, pero no se si hubiera sido una buena idea.

- Por eso no te preocupes, somos amigas, ¿no?

- Si, claro que somos amigas. No se qué voy a hacer con este niño.

- Bueno, Marcos ya no es ningún niño.- el hecho de escuchar que Marcos era un niño le molestaba, le hacia sentirse incómoda.

- Si ya lo sé, por eso mismo que ya no es un niño. No tendría porque comportarse de la manera que lo hace. Es ya todo un hombre y con sus actos está arruinando su vida. Anoche se peleó con Jorge. Se liaron a puñetazos. ¿Puedes creerlo?- vaya si podía creérselo, ella lo había

presenciado todo.

- Bueno, se trata de Jorge, es comprensible que perdiera los papeles. – le respondió intentando justificar el comportamiento de Marcos.

- Si, y luego, ¿qué? Anoche no durmió en casa. A saber dónde se metería. Seguro que acabó en la cama con la primera furcia que se encontró.- Sofía abrió los ojos de par en par al oír a su amiga pronunciar esas palabras.

- Eso no lo sabes Matilde.

- Si, no lo sé a ciencia cierta. Pero entonces, ¿por qué no volvió a casa? Le he preguntado dónde estuvo, pero no ha querido explicarme nada.- Matilde comenzó a llorar. - Cuando ha vuelto me ha dicho que todo iba a cambiar. Me ha prometido que a partir de ahora todo será diferente.

- Entonces eso ya es un gran paso, mujer. – intentó consolarla.

- Si, pero no sé si creérmelo.

- Pues no lo creas. Pero dale la oportunidad de demostrártelo.

- ¿Qué ha pasado en la comisaría?

- Ya te lo he dicho. Todo ha sido un mal entendido. Después de que anoche se peleara con Jorge, lo más fácil era pensar que él había destrozado el coche de Susana. Luego todo se ha aclarado. Se ha demostrado que él no lo podía haber hecho.

- Pero, ¿cómo?

- Pues…, no sé. Habrán investigado y habrán comprobado que eso no era posible. La verdad es que no sé. Lo importante es que todo se ha aclarado, y que Marcos no ha tenido nada que ver.- ni ella misma se acababa de creer la última frase que había dicho.

- Gracias, Sofía. Te estoy muy agradecida.

- No tienes que agradecerme nada.

Sonó el timbre. Sofía fue a abrir la puerta.

- ¡Ya estoy aquí!- dijo Laura entrando.

Llegó al comedor y saludó a Matilde.

- ¿Qué tal Matilde? ¿Cómo estamos?

- Aquí andamos, contando penas. Tú, ¿qué tal Laura?

- Pues aquí venimos a ver si me invitan a cenar.

Matilde se levantó de la mesa. Acabó su copa de vino y fue a dejarla en la cocina.

- Bien, pues aquí os dejo.

- No tienes porque irte Matilde, podrías quedarte a cenar aquí con nosotras.- la invitó Laura.

- No, mi vida no es tan sencilla cómo la vuestra. En mi casa se desesperan si no aparezco.

- No creas eso de que nuestras vidas son sencillas. A veces nos la complicamos.- dijo Laura con rin tintín mirando a Sofía.

- Bueno Matilde, ya nos vemos y cualquier cosa no dudes en llamarme, ¿vale?

- Gracias, Sofía.

Matilde salió del piso de Sofía y las dos amigas quedaron solas.

- ¿Qué…, intimando con la suegra?, jejejeje.

- Vete a la mierda Laura.

Laura se dirigió a la cocina, cogió una copa de vino y se sirvió de la botella que había abierta encima de la mesa. Llenó también la copa de su amiga.

Sofía puso una olla con agua en el fuego.

- Ya estoy preparada. Ya puedes empezar. Cuenta, pero no te dejes nada en el tintero, ¿eh?

- Bueno…, no se qué me está pasando, Laura. Me siento confundida. Siento que me acerco a un precipicio, pero a la vez siento que he de tirarme por él. – comenzó a explicar Sofía, mientras Laura la miraba sin parpadear. - Ayer, cuando sacaron a Marcos del pub, sentí la necesidad de ir tras él. No me preguntes por qué, pero así fue y no me lo pensé. Salí tras él y lo separé del segurata. Luego nos sentamos y hablamos.

- ¿Hablasteis? ¿De qué?

- Le pregunté por qué se machacaba de esa forma. Le dije que tendría que hacer algo por salir adelante. Entonces él se desahogó. Me dijo que había perdido el rumbo, que no sabía por dónde tirar. Después dimos un paseo y me dijo que no podía quitarse de la cabeza lo que pasó la otra noche entre los dos. Yo esquivé el comentario. Aunque si te soy sincera, lo que más me apetecía era contarle que yo tampoco había podido pasarlo por alto. Luego le acompañé a una pensión para que pasara la noche.

- ¿A una pensión? ¿Qué pasa, qué no tiene casa, o es que Matilde lo ha echado?- preguntó Laura.

- No, si que tiene casa. Vive aquí, en el primero, pero no me pareció una buena idea que apareciera en ese estado y que Matilde lo viera así. Lo acompañé a la habitación y cuando estaba a punto de marcharme me pidió que me quedara allí con él. Que pasáramos la noche juntos. - Laura tenía una sonrisa de bruja mala fija en su boca. - No te burles, joder, Laura. Ahora si que no se qué voy a hacer.

- ¿Cómo qué no sabes qué vas a hacer? Pues seguir disfrutando del momento. Pero con los pies en la tierra. Sobre todo, con los pies en la tierra. Vaya con la niña, le ha cogido el gusto a esto de desmelenarse.

- Pero, me siento culpable.

- ¿Culpable de qué?

- No se… Soy diez años mayor que él.

- Y eso, ¿qué importa? Mientras que tengas los pies en la tierra, eso no creo que sea ningún problema.

- ¿Tú crees?

- Si, y tanto que lo creo. Lo que no creo es en que tú tengas los pies encima de la tierra. Hace mucho tiempo que no te veía actuar de esta forma. Si te soy sincera, puede que nunca te haya visto actuar así. Pero eso no es malo, ¿sabes?

- Todo lo que me dijo parecía tan sincero…

- ¿Y por qué no iba a serlo?

- No sé, quizás me resulta difícil creer que él se interese por mi. Soy mayor que él. Hay cientos, qué digo cientos, miles de tías de su edad por

ahí.

- Y dale con la edad… ¿No has oído eso que dicen que el amor no tiene edad? Pero, ten cuidado. Yo creo que más que amor, lo que sentís el uno por el otro es simple atracción. Él está solo, tú estás sola y lo demás ocurre sin más. No siempre todo tiene una explicación, y a veces es lo mejor, no buscar respuesta a lo que de momento no la tiene.

- Anoche fue todo tan distinto a la primera vez… La primera noche fue todo rápido, desbocado. Anoche, anoche fue distinto. Todo sucedió con calma. Era consciente de todo lo que sucedía. Una parte de mi ser me aconsejaba que no continuara, pero un deseo que salía de lo más hondo de mí me obligaba a continuar.

Laura dio el último trago a su copa. La botella se había terminado. Buscó en los armarios de la cocina hasta que encontró otra. La abrió y rellenó las copas de nuevo.

El agua hervía dentro de la olla. Vertió un paquete de pasta en su interior, le puso sal, un chorrito de aceite y lo removió todo con una cuchara de madera.

Sofía seguía sentada frente a la mesa de la cocina. Se acariciaba la nuca. Se había quedado callada.

- No le des más vueltas, no merece la pena. Vive el momento. El estrujarse el coco no lleva a ningún sitio. Te lo digo por experiencia.

- Ya, pero me siento cómo una niña de quince años.

- Eso no es malo.

- ¿Tú crees?, a mi edad...

- Aún te queda algo que contarme. ¿Por qué ha acabado en el calabozo?

La pasta ya estaba lista. Laura abrió la nevera y cogió un bote con salsa al pesto. Lo calentó en el microondas y vertió un poco en cada plato, encima de los macarrones. Los acercó a la mesa y las dos amigas comenzaron a cenar.

- Esta mañana, cuando desperté y fui consciente de la hora que era, salí zumbando de la habitación. Él se quedó allí, durmiendo. Supongo que cuando despertó se fue hacia su casa, y por el camino destrozó el coche de Susana.

- ¿Qué destrozo el coche de esa liendre?- preguntó Laura con la boca

llena.

- Si. Según la policía, nadie lo vio hacerlo. Pero la denuncia de Susana y la declaración que decía que anoche se peleó con Jorge, han llevado a la policía a creer que fue él.

- ¿Y cómo ha acabado todo?

- Bien, todo se ha aclarado y ha quedado en un mal entendido. Como se dice en las pelis, "no se han presentado cargos"

- Está bien.

- Si, está bien.

- Escúchame, a todo esto…, tienes un morro que te lo pisas. Me invitas a cenar y acabo yo haciéndote la comida. El postre te toca a ti. – protestó Laura.

Sofía se levantó de la mesa, metió los platos en el lavavajillas y de un cajón sacó una tableta de chocolate que puso encima de la mesa.

- ¿Eso es todo?

- No.

Fue a la nevera y sacó una botella de cava.

- Ahora si está todo. – contestó sonriente.

Descorcharon la botella y brindaron.

- Por mi nueva locura. – dijo Sofía.

- Por tu nueva locura.

Continuaron charlando largo rato. Se acabaron la botella. En el estado en que estaba Laura, decidió no coger el coche. Se colocó un pijama de Sofía y se quedó a dormir en el cuarto de invitados.

Amaneció y la primera que despertó fue Laura. Comprobó que Sofía aún dormía. Se vistió y se marchó sin hacer mucho ruido. Le dejó una nota a Sofía en la que decía que ya la llamaría.

Cogió el ascensor y este se detuvo en el primer piso. Se abrió la puerta y

entró Marcos y su hermana Olga.

- Hola.- se saludaron.

Se puso en una esquina y bajó la cabeza. Laura lo examinó. La verdad es que no estaba nada mal, pensó.

Sofía se levantó tarde. Era sábado, no tenía que ir a trabajar y pensaba pasar el día en casa, sin hacer nada. Leería algún libro, vería la tele, escucharía música. Todo sin prisas ni complicaciones.

Anochecía y comenzó a llover.

Tumbada en su sofá escuchaba a R.E.M mientras leía. Miró por la ventana caer la lluvia y quedó hipnotizada observando las gotas chocar contra el cristal y resbalar sin control.

Llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos. Estaba descalza, como de costumbre, cuando estaba en su casa.

Inesperadamente sonó el timbre. No se inmutó, siguió tumbada, no tenía intención de abrir. Volvieron a llamar y suavemente golpearon a la puerta.

Se incorporó y fue a abrir.

Al otro lado se encontró con Marcos. Estaba mojado, se podía adivinar que venía de la calle.

- Hola.- dijo él.

Sofía se lo quedó mirando. En una mano llevaba un par de margaritas rojas atadas con un lazo blanco, del que colgaba un sobre.

- ¿Puedo pasar?- preguntó ante el silencio de ella.

- Si, claro, pasa.

Entró y Sofía cerró la puerta.

- Pasa, pasa.

Llegaron al comedor, Sofía se acercó al equipo de música y bajó el volumen.

- Espero no interrumpir nada.- se disculpó.

- No, estaba leyendo. ¿Qué te trae por aquí?

- Gracias por todo.- le dijo a la vez que extendía hacia ella el ramillete de margaritas.

- Pero…, esto no hacia falta, yo solo… - pronunció nerviosa.

- Dentro del sobre está el dinero de la fianza, de la habitación y el taxi. Muchas gracias por todo, de verdad. Gracias por lo de anoche y gracias por lo de esta mañana.

- Tu madre me llamó, ¿qué querías que hiciera?

- Gracias por mentir por mí.

- Yo solo dije lo que ocurrió anoche. Dije que pasamos la noche juntos, claro que a tu madre no le dije nada de eso, a ella le dije que todo había sido una confusión.

- Gracias por confiar en mí, y creer en mi inocencia.

- Bueno…, el que haya hecho esa declaración no significa que yo crea que eres inocente. Tampoco soy tan estúpida, ¿eh?

- Entonces, ¿piensas que yo destrocé ese coche?

- ¿Y no es así? – preguntó con seguridad.

- Creo que después de todo lo que has hecho por mí lo menos que puedo hacer es ser sincero.

- Pues si, creo que me lo debes, ¿no?

- Si, yo destrocé el coche de Susana. - confesó.

- Nunca lo dude.

- ¿Por qué? Siempre ha de quedar la presunción de inocencia.

- Si. Eso está muy bien, pero no en este caso. Puede que yo también hubiera hecho lo mismo.

- ¡No! No te imagino a ti destrozando un coche. – exclamó sorprendido.

- A ¿no?, pues no me conoces. Sería capaz de eso y de mucho más, si

mereciera la pena.

- ¿Si mereciera la pena?

- Si, si el haber hecho eso hubiera servido para algo más que para que te metieran en el calabozo. Eres un poco estúpido. Anoche te peleas con Jorge y hoy le destrozas el coche a ella. ¿Qué pensabas, irte de rositas? Estaba claro ¿no? Te pierden los impulsos. ¿Por qué lo hiciste?

- Pues no lo sé. Cuando salí de la pensión fui caminando buscando un taxi, y allí me encontré con el coche y sin pensarlo dos veces… Quizás fue la rabia. Ese coche se lo regalé yo. – le explicó.

- Si, ¿y eso te da derecho a hacer lo que hiciste?

- No, pero me desahogué.

- ¿Y si te hubiera visto alguien?

- Lo siento, no lo volveré hacer.

- No, de eso puedes estar seguro. Has dejado el puto coche cómo un cromo.

- Bueno, ¿aceptas mis disculpas y estas flores?

Cogió las flores y buscó un jarrón. Lo llenó de agua y lo puso encima de la mesa del comedor. Mientras Marcos, de pie, se frotaba las manos con nerviosismo.

- He pensado mucho en todo lo que me dijiste anoche. – se atrevió a decir al final.

- ¿A si?

- Si. Llevas razón. He de pasar página y seguir con mi vida.

- Me alegro que el tostón de discurso que te solté ayer haya servido para algo.- contestó sonriente.

- Me abriste los ojos, y te lo agradezco.

- Iba a hacer la cena. ¿Quieres quedarte?- le propuso ella.

- ¿Quedarme?

- Si, quedarte a cenar. No soy una gran cocinera. Roberto asegura que soy especialista en hacer ensaladas y pasta blanca. - Sofía sonrió y esperó

una respuesta de Marcos.

- Bueno, acepto.

Los dos se dirigieron a la cocina. Sofía abrió el congelador y sacó una bolsa de arroz tres delicias y unos rollitos de primavera. Los puso encima del mármol y le preguntó:

- ¿Te gusta?

- Si.

- ¿Te apetece vino?

- Por mi está bien.

- Pues abre ese armario y coge una botella y dos copas. No esperarás que lo haga yo todo, ¿no? – sonrió.

Marcos obedeció. Mientras ella ponía al fuego una sartén con el arroz, encendió el horno y metió los rollitos.

Sofía cogió su copa.

- Brindemos, por tu nueva vida. - dijo mirándolo.

- Por mi nueva vida.

Marcos puso la mesa, Sofía acababa de hacer la cena. Se sentaron uno frente al otro.

- ¿Sabes que lo ultimo que creía qué haría hoy era cenar aquí contigo? – comentó él.
- Pues, ya ves, últimamente los acontecimientos nos sorprenden.

Marcos la miraba y ella sonreía.

- Hablar contigo tiene un efecto mágico.- le dijo él.

- ¿Por?

- No sé, ahora veo las cosas de otro modo. Lo veo todo más sencillo.

- Puede que no sea eso, puede que antes no miraras bien y por eso no lo vieras de la misma forma.

- No, te hablo en serio. Antes de ayer, antes de que hablaras conmigo, me dolía el pensar en todo lo que me había pasado. Me dolía pensar en

Susana y en todo lo ocurrido.

- ¿Sabes una cosa?, mi madre decía que las cosas pasan siempre por algún motivo y que la mayoría de ellas son el resultado de algo.- le dijo Sofía dándole un trago a su copa.

- Pues algo de razón si que tiene. Con Susana las cosas ya no eran igual. Al principio todo iba bien. Todo era divertido, emocionante. Pero poco a poco fueron cambiando. Caímos en una monotonía constante. Creo que ambos nos dejamos de querer poco a poco. Pero era más fácil seguir adelante que romper con todo. Caímos en un círculo vicioso que no nos llevaba a ninguno de los dos a ningún lado. Vivíamos juntos, pero cada día estábamos más lejos el uno del otro. En el fondo, creo que nunca la he culpado por lo que hizo. Me dolió más la traición de Jorge que la de Susana, y eso supongo que es porque en el fondo no la quería.

- Muchas veces el amor se acaba y nos cuesta reconocerlo. Lo malo es que con esa actitud, sin saberlo, nos estamos haciendo más daño.

- En eso llevas razón. Por evitar un mal trago nos arrastramos a una vida de engaño, de infelicidad, que al final nos hace mas daño.

- Pues si, tendríamos que ser capaces de reconocer que las cosas se acaban y aceptarlas sin más, para así poder empezar de nuevo sin lastimar a nadie. - dijo Sofía mientras que jugueteaba con unos granos de arroz que quedaban en su plato

- Pienso que eres una persona muy fuerte. - respondió Marcos mirándole fijamente a los ojos.

- No creas, las apariencias engañan.

Acabaron de cenar y fueron a sentarse en el sofá con las copas de vino.

Marcos miraba a su alrededor, observaba la decoración.

- ¿Sabes lo qué me llama la atención de tu casa?

- ¿El qué?

- Tienes un mueble lleno de álbumes de fotos, y sin embargo no tienes ninguna foto en las paredes, ni en el mueble. Mi madre tiene la casa llena de ellas.

- Las fotos son recuerdos y a veces los recuerdos duelen. Es mejor no tenerlos constantemente presentes para poder seguir.

- Lo tuviste que pasar muy mal cuando murió Jaime.

- Sí, lo pasé mal.

- Fuiste el centro de las conversaciones del barrio durante algún tiempo.

- ¿A si? Ya me lo suponía. ¿Y qué se decía de mí?

- Bueno, de todo un poco. Ya sabes cómo son las comadrejas del barrio. Al principio te compadecían por lo que te había ocurrido y luego, al ver que no te viniste abajo, en vez de alegrarse, surgieron los comentarios que si eras de piedra, que si no tenías sentimientos…

- ¿Qué sabrá la gente de mis sentimientos! La verdad es que me da igual todo lo que digan. ¿Qué sabrán ellos de cómo lo pasé en realidad?

- Tuvo que ser duro.

- Si, lo fue. Más de lo que nadie logra imaginar. Cuando Jaime murió, no estábamos pasando por nuestro mejor momento. Nuestra relación había llegado a un punto muerto. Cuando murió, es cómo si todo lo que estaba ocurriendo entre nosotros se desvaneciera. Sólo recordaba los buenos momentos. Me sentía sola, me sentía culpable por haber pensado días antes en…- guardó silencio unos segundos y continuó. - El día de su entierro, hablando con su jefe, me enteré que el día que murió había llamado al trabajo diciendo que se encontraba mal, que se quedaba en casa. Pero de casa salió diciendo que se iba al trabajo. Recuerdo que esa mañana le pedí que no fuera, que se quedara conmigo. Me dijo que no podía ser, que tenía unos asuntos que no podía aplazar. Así que se marchó. Eso reforzó la idea que yo tenía de que entre nosotros había una tercera persona. Pero, aún así, me sentía desgraciada por haberle perdido. Fue días después, cuando comencé a recoger sus cosas, cuando descubrí la verdad de todo. Cogí su maletín del trabajo, en él llevaba su ordenador. Sin saber por qué lo enchufé y comencé a abrir carpetas. Al principio solo contenían documentos y más documentos. Pero, al abrir una… Descubrí una serie de cartas y de e-mails dirigidas a alguien que no era yo. Recuerdo una de las últimas en la que le pedía un poco de tiempo a esa tercera persona. Le pedía tiempo para poder explicarle a su hijo y a su mujer lo que estaba ocurriendo. Decía que estaba decidido a romper con todo, decidido a comenzar una nueva vida junto a él. El pasado ya no contaba, lo que contaba era el futuro que iban a compartir. Después de esto seguí abriendo carpetas, hasta que descubrí otra con fotos. Eran fotos de los dos. Estaban guardadas con la fecha en que se habían hecho, y todas esas fechas coincidían con sus últimos supuestos viajes de trabajo. - Sofía calló.

- Y, ¿quién era ella?

- ¿Ella? Jejeje… Ella, no. Sin saberlo, yo estaba preparada para que fuera ella, si. Lo que no estaba preparada era para descubrir quién era él.

- ¿Cómo que él?

- Si, como oyes, él. Estaba liado con un compañero de trabajo. Estaba dispuesto a romper con todo para irse con él. Entonces, el poco mundo que me quedaba en pie se vino abajo de golpe. Me sentí doblemente traicionada. Me habían cambiado por un hombre. Mi marido me había cambiado por otro hombre. ¿Desde cuándo sentía esa atracción por su mismo sexo? ¿Había sido un descubrimiento tardío? O es que ¡siempre había sentido algo por los de su propio sexo? No tengo nada en contra de los homosexuales, pero descubrir que tu marido es uno de ellos es muy duro, créeme. Te cuestionas qué es lo qué has significado realmente para él. ¿Alguna vez me quiso o fue solo una tapadera? Y lo peor es que él ya no estaba para poder preguntárselo. Me dolió tanto esa traición… Veinte años junto a la misma persona y cuando muere te enteras que le gustaban los hombres. Tanto compartido, tanta confianza, y ¿para qué? Quizás nunca la hubo, pues no se atrevió a decirme lo que realmente sentía. Pero, bueno…, ese golpe me sirvió para hacerme más fuerte, me endureció. Hizo que el dolor por su muerte pasara más rápido. Se esfumara. Solo sentía rencor hacia él, odio por el engaño. - Sofía suspiró. – Así que ya ves, no eres el único al que han engañado en su vida. Yo en su día también recibí una ración doble de infidelidad.

- Lo siento. - dijo él.

- No, no lo sientas. Eso ya pasó. Y ahora que te lo he contado, me siento mejor. Solo hay una persona que conoce esta historia, y no es Roberto. Me gustaría que siguiera siendo así. Él no sabe nada de esto.

- Por eso no te preocupes. Por mi parte seguirá siendo así.

- Cuando descubrí las cartas y las fotos, las destruí. Borré esa parte de la vida de su padre. Él ya no estaba entre nosotros y pensé que sería mejor que Roberto guardara el recuerdo que hasta entonces tenía del que fue su padre. No sé si hice bien tomando esa decisión, pero ya es tarde para cambiarla. Ahora ya conoces la verdadera historia del pobre señor Jaime que perdió la vida en ese accidente de tráfico y de su mujer de piedra. Ya sabes porque no lloré su muerte por las esquinas.

Sofía se secó una lágrima que le calló por la cara. Marcos la miraba sin decir palabra.

- Bueno…, te has quedado callado. ¿Qué te ha parecido la historia de mi

vida?

- ¡Bufff! Es muy fuerte. – dijo asombrado al descubrir la historia que Sofía acababa de contarle.

- Si, eso pensaba yo. Con el paso del tiempo aprendes a ver las cosas diferentes. Lo que antes te parecía un mundo, acabas viéndolo pequeño, normal. – expresó ella con naturalidad.

- Pero…

- Pero nada. ¡Va! Que como fin de fiesta nos podemos marcar un buen postre. - se levantó del sofá y se dirigió a la cocina. -

- ¿Te gusta el helado de vainilla?

- Si, claro.

Sofía apareció con dos cucharas y un cubo de helado.

- Prueba este, verás que maravilla. Es artesano. Lo hacen unos amigos que tienen una heladería.

Destapó el bote y se sentó de nuevo al lado de Marcos. Los dos comenzaron a comer.

Marcos miró el libro que leía ella cuando llegó.

- ¿Qué estabas leyendo?

- Humm… La ultima entrega de la trilogía de Martín Ojo de Plata. – le contestó a la vez que saboreaba el helado.

- ¿Eh?

- Si. Es de Matilde Asensi. ¿La conoces?

- He leído el Salón Ámbar, pero nada más

- Ah! Justo ese es el que no he leído de ella, y eso que fue el primer gran éxito de la escritora.

- ¿Te gusta? Lo tengo en casa ya te lo dejaré.

- Y a ti, ¿no te gusta?

- Hombre… no es que me apasione.

- Yo el primer título que leí de ella fue El Último Catón. No se cómo, pero me enganchó. Me enganchó la escritora, y eso que reconozco que no es que sea nada del otro mundo. Sus historias tienen algunas lagunas. Aún así me enganchó. – le explicó.

- ¿Lagunas?

- Si. Hay trazos de la historia que se los curra un montón. Sin embargo otros, los escribe como con prisas, queriendo acabar la historia y sin prestar mucho interés a los detalles. Por ejemplo, en El Origen Perdido, un hacker intenta reventar una contraseña con un ordenador que tenía Windows cómo sistema operativo. Es obvio que los hackers no trabajan con ese sistema operativo. Ese es para los usuarios zoquetes como nosotros. – explicó con convencimiento.

- Bueno…, yo nunca me hubiera fijado en ese detalle.

- ¿Te gusta leer?

- No me desagrada. Tampoco me apasiona. Según la temporada leo más o menos. Pero me tiran más las historias de aventuras y acción.

- Yo prefiero la novela histórica.

- Oye…, si que está bueno este helado.

- Ya te lo había dicho. Yo lo encuentro excepcional.

- ¿Te gusta ir al cine? – preguntó de pronto

- Si, aunque casi nunca voy. Ya no recuerdo la última vez que fui a un estreno. – le respondió Sofía.

- Pues…, si te apetece, algún día podíamos quedar para ir a ver algo. – le propuso Marcos.

- Bueno, no es mala idea.

- Se está haciendo demasiado tarde. Creo que debo marcharme. Ahora que estoy volviendo a ser una persona responsable…

Los dos se levantaron del sofá y se encaminaron hacia la salida. Marcos giró el pomo de la puerta, sin llegar a abrirla, se volvió hacia Sofía y le dio un beso en los labios.

- Buenas noches. – se despidió saliendo al rellano.

- Buenas noches, Marcos.

Cerró la puerta y volvió al sofá. Siguió comiendo helado. Se sentía feliz. Sin saber por qué, le había confesado a Marcos una parte de su vida que nadie, salvo Laura, conocía. Se sentía bien a su lado, en su compañía, y parecía que a él le ocurría lo mismo.

Pasó el domingo sin nada que resaltar en la vida de Sofía y llegó el lunes.

En el trabajo, más de lo mismo. Papeles, llamadas de teléfono…, nada que interrumpiera la monotonía diaria.

El miércoles por la noche recibió una llamada de su hijo Roberto. Estuvieron hablando un buen rato, sobre cómo iba la mudanza a su nuevo apartamento.

Durante la semana no había vuelto a tener noticias de Marcos. En parte esto le alegraba, sabía de sobras, que si se hubiera vuelto a meter en líos, Matilde hubiera subido a decírselo.

Capítulo 5

Era viernes de nuevo. Sentada en su sofá, miraba las margaritas que Marcos le había regalado la semana de antes. Estaban ya casi marchitas, pero Sofía se resistía a tirarlas a la basura.

Salía de la ducha cuando sonó el móvil. No conocía el número pero aún así, descolgó.

- Dígame.

- Hola. – contestaron.

- Hola.

- ¿Te pillo en mal momento? - preguntaron con voz entrecortada.

- No, no… Dime Marcos.- le contestó intentando disimular la sorpresa.

- Veo que me has conocido.

- Si, claro. ¿Cómo has conseguido mi número?

- Bueno, no ha sido difícil. Le he cogido el móvil a mi madre y he buscado en la agenda Sofía. Solo había una, así que me he arriesgado y he llamado. - dijo con algo de mofa.

- Claro…, que estúpida.

- Estaba pensando que a lo mejor te apetecía ir al cine conmigo esta noche.

- ¿Esta noche? – preguntó sorprendida.

- Aunque si ya tienes planes… No pasa nada, lo dejamos correr.

- No!, No tengo ningún plan. Es solo que me ha cogido un poco por sorpresa.

- La otra noche dijiste que hacia mucho que no ibas a ver una película de estreno. Mirando la cartelera he visto que estrenan Los Juegos Del Hambre.

- ¿Los Juegos del Hambre? - precisamente no es que le interesara mucho ese tipo de películas. Aún así, la oferta sonaba muy tentadora. – Vale.

¿Qué hora es? - preguntó buscando sin resultado un reloj.

- Son las ocho y diez. Si quieres podemos ir a la última sesión. Así nos dará tiempo de cenar algo antes de entrar. ¿Te parece?

- Me parece bien. Dame media hora que me arregle y nos vemos…- se quedó pensando. Vivían uno al lado del otro, pero no le parecía buena idea salir juntos del edificio.

- Nos vemos en la hamburguesería de la calle Arias a las nueve y media, mas o menos. ¿Sabes dónde te digo? – le propuso con entusiasmo.

- Si, estupendo. Allí nos vemos. Hasta entonces.

- Vale.

Estaba acabando de vestirse, cuando de nuevo le sonó el móvil. Era su amiga Laura.

- ¿Qué haces golfa? Seguro que estás tirada en el sofá. ¿Te hacen unas cervezas? Hemos quedado todas para salir un rato. – le invitó.

- No, no puedo. He quedado.

- ¿Qué has qué….? – preguntó sorprendida.

- Que he quedado esta noche. – le repitió Sofía.

- ¿Y eso?

- Marcos me ha propuesto ir al cine a ver una peli.

- Ohhhh! Que bonito. Parecéis dos críos. Me recuerda cuando iba al insti y me invitaban a un cine.

- Joder Laura… No tiene nada de malo. Simplemente vamos a ir a ver una película.

- Ya, ya… Si yo no digo nada.

- Si, no dices nada, pero lo piensas, cabrona.

- Bueno, que te diviertas y ten cuidado que las salas siguen siendo oscuras ¿eh?... jejeje.

- Vale, lo tendré en cuenta. Ah! Una cosa, si las demás preguntan por mí,

diles que no me apetecía salir, ¿vale?

- Vale, así lo haré, jejeje.

- Y ahora, ¿de qué te ríes?

- No, de nada, de nada. Hasta luego.

Sofía acabó de arreglarse y se encaminó hacia donde había quedado con Marcos.

Por el camino pensó que había sido una buena elección el ir a cenar a esa hamburguesería. La gente con la que ella solía ir, no frecuentaban esa zona. Así que, no preveía encontrar a nadie conocido. Lo que le facilitaba el no tener que hacer presentaciones.

Cuando llegó, Marcos estaba sentado en la barra del local, ojeaba una revista.

- Hola, siento llegar tarde.- se disculpó.

- Bueno, se te puede perdonar este retraso.- le contestó mirando el reloj. – ¿Nos sentamos?

Se encaminaron a una mesa vacía que había al fondo.

- Espero que te gusten las hamburguesas. Aquí hacen las mejores hamburguesas que hayas probado nunca.

- Me gustan las hamburguesas. - le contestó sonriendo.

- ¿Cómo te ha ido la semana?

- Bien. Mi trabajo es bastante monótono. Todos los días tienen el mismo color. Los cotilleos de los compañeros es lo único interesante que sucede.

- Es lo que tienen las oficinas.

- ¿Y a ti?

- Pues, tampoco me ha ocurrido nada interesante. Ayer fui a una entrevista de trabajo.

- ¿Piensas cambiar? ¿No estás bien con tu padre?

- No es que no esté bien. Es que sé que en el fondo tampoco hago falta. La plantilla estaba completa antes de que yo entrara. Es más, si entré es

porque soy el hijo del jefe y no tenía otro lugar mejor dónde ir.

Entre tanto llegó la camarera.

- Hola Marcos, ¿qué tal?

- Bien. Hoy tenéis faena ¿eh?

- Si, esta noche vamos de culo. ¿Qué vais a tomar?

- Yo quiero una número quince sin pepinillos y una cerveza. ¿Y tú?- preguntó mirando a Sofía.

- Pues yo… - como habían empezado a hablar no había mirado la carta. No tenía ni idea qué pedir. - Lo mismo, pero con pepinillos.

- Muy bien. ¿Queréis patatas? - preguntó de nuevo la camarera.

- Si. Y pon también unos pinchos. – contestó Marcos.

- Estupendo, enseguida os lo traigo.

- Ya verás, los pinchos están de muerte. Los hacen aquí. Dicen que es una vieja receta de su abuela. La verdad es que no se si eso es cierto, pero están de vicio.

- ¿Qué lleva la numero quince?- preguntó Sofía.

- ¿Eh? – esa pregunta lo dejó un poco fuera de lugar.

- Es que…, con la conversación no he mirado la carta y no sabía qué pedir. Así que para salir del paso he pedido lo mismo que tú. No iba hacer esperar a la camarera, con todo cómo está. Además, ¿qué le hubiera dicho? “es que aún no he mirado la carta”. Iba a parecer un poco payasa.

- Jejeje... Lleva lechuga, tomate, beicon, cebolla, pepinillos, huevo y salsa picante. - le contestó de carrerilla.

- Pero…, ¿pica mucho? – preguntó con preocupación al enterarse que llevaba salsa picante.

- ...Jejeje. No, no pica mucho.

- ¿Vienes mucho por aquí? – se interesó Sofía.

- Si, la verdad es que si. No es un mal sitio. Los bocatas están bien y los

precios también.

- Ese nuevo trabajo, ¿de qué es?

- Es una empresa de telecomunicaciones. Tienen sede en Madrid. Aquí hay una sucursal y buscan gente para una obra que han empezado en Tánger.

- ¿Telecomunicaciones, Tánger? - preguntó asombrada.

- Si. Están construyendo un mega centro de vacaciones en Tánger y han de habilitar todo el tema de comunicaciones internas, redes y toda esa mandanga.

- Así que… ¿Eres un teleco?

- Bueno, no exactamente. Empecé la carrera, pero como casi todo en mi vida, lo dejé sin acabar. Aunque me falta solo un año. Pero he trabajado de ello y me defiendo bien.

- Interesante. – contestó tras descubrir esa faceta de Marcos.

- ¿Qué es interesante? ¿Qué pensabas? ¿Que era un cafre sin estudios? ¿Verdad?

- No, solo que no sabía que habías ido a la universidad.

- Bueno, se supone que hay muchas cosas que no sabes de mí.

Apareció de nuevo la camarera con las dos cervezas.

- Aquí las tenéis. Enseguida viene lo que falta.

- Gracias Nieves. – contestó Marcos.

Los dos bebieron de sus vasos.

- ¡Marcos! – saludaron.

Desde el fondo se acercaba un grupo de chicos.

- ¿Qué pasa? Estás perdido últimamente tío.- dijo un de ellos.

- ¿Qué tal Oscar?

- Mira, aquí a ver si comemos algo.- se quedó mirando a Sofía.

- Esta es Sofía…, una amiga. Sofía, Oscar, Raúl, Javier y Julia.- le fue presentando uno a uno.

- ¿Qué tal?- los saludó.

- ¿Dónde iréis luego? - preguntó Marcos.

- Pues, no sé. Puede que vallamos a donde Vito o estamos pensando en ir a Sepúlveda. ¿Y vosotros?

- Pues si, quizás vayamos por allí también. –respondió sin interés.

- Bueno tío, pues entonces, nos veremos luego.

- Si, luego nos vemos.- se despidieron y los cuatro amigos fueron a buscar una mesa dónde sentarse.

- Podías haberles dicho que se sentaran aquí.- dijo Sofía.

- ¿Aquí? No cabemos todos.

La comida estaba sobre la mesa y los dos comenzaron a cenar.

- Joderrr!... Me dijiste que no picaba.- protestó Sofía dando un buen trago a su cerveza.

- Y no pica, a mi no me pica.- se rió burlón.

- La próxima vez creo que sí miraré la carta. ¿Le has dicho ya a tu padre que te marchas?

- No, no se lo he dicho. Supongo que, en el fondo, sabe que no aguantaré mucho a su lado. Del otro no me han dicho nada claro todavía.

- ¿Cómo te fue la entrevista?

- Supongo que bien. Estas cosas nunca se saben. Es cómo ir a un loquero. Dicen una cosa y en fondo están pensando otra muy distinta de ti. Han quedado en darme una respuesta durante la próxima semana.

- Entonces, te irás a Tánger. – dijo Sofía con nostalgia.

- Si me cogen, creo que no tengo otra alternativa. El trabajo es para realizar allí.

- ¿Has estado alguna vez en Tánger?

- No, ¿y tú?

- Yo no, tampoco he estado nunca. Pero dicen que es bonito.

- Yo creo que todo lugar tiene su encanto. Si vas de vacaciones, cualquier sitio es bueno. Estés donde estés, si estás de vacaciones, fundiendo dinero y pasándotelo en grande, todos los lugares son magníficos. – contestó Marcos.

- Si, en eso llevas razón. La gente suele opinar de los sitios cuando van de vacaciones. Cosa que es muy diferente a cuando estás allí viviendo diariamente.

- Pues si. La mayoría de personas son cómo borregos. Van donde la mayoría y opinan lo que opina la mayoría. ¿Quieres tomar algo más?- preguntó, cuando ya habían acabado todo lo que habían pedido.

- No, yo no quiero nada más.

- ¿Qué te han parecido los pinchos?

- Buenos. Estaban muy buenos, aunque he perdido parte de la sensibilidad de la boca con la hamburguesa esa, que según tú no picaba.

- No era para tanto mujer, jejeje.

Los dos se levantaron y se dirigieron a la barra.

- Dame la cuenta Nieves. - pidió Marcos.

Sofía sacó el monedero de su bolso.

- No se te ocurrirá pagar, ¿no? - le rectificó Marcos.

- Pues si, claro.

- Hoy invito yo. Te lo debo.

- No, no me debes nada.

- Si. Además, ha sido idea mía el salir hoy. Otro día pagarás tú.

- No me parece bien. – continuó protestando Sofía.

Marcos abonó el importe de la cuenta y salieron.

- No te has despedido de tus amigos. - observó Sofía.

- No creo que se hayan dado cuenta. Démonos prisa o no llegaremos. El cine está aquí cerca, a dos calles.

Llegaron a la taquilla y pidieron dos entradas. Nuevamente discutieron por el pago de estas. Al final cada uno pagó la suya. Acababan de sentarse en sus butacas cuando apagaron las luces de la sala. Se acomodaron y comenzó la película.

Sofía pensaba en el tiempo que hacía que no iba al cine. De reojo miraba a Marcos. Este había puesto los pies en la butaca de delante. La sala no estaba muy llena.

Cuando acabó la película, salieron de nuevo a la calle. Había empezado a llover. Se quedaron unos instantes pensativos en la cornisa de la salida.

- Llueve. Nos vamos a mojar. - dijo Sofía.

- Esperaba que fueras una de esas chicas prevenidas que llevan de todo en el bolso. - le dijo él.

- ¿Yo prevenida? Pues siento decirte que te equivocas, de todas todas. Lo único que llevo en el bolso es el monedero, las llaves del coche y el móvil.

- No me lo puedo creer. Normalmente los bolsos de las tías son cómo el baúl de la Piquer.

- Pues ese no es mi caso. Así que, o nos mojamos o pasamos aquí la noche. Esto no tiene pinta de escampar.

Ambos se miraron. Echaron a correr para cruzar la calle y llegar hasta la otra cera, donde se refugiarían debajo de los balcones de los pisos.

- ¿Dónde has aparcado?- preguntó Marcos.

- En la calle de la hamburguesería. He tenido suerte, cuando llegaba uno salía. ¿Y tú?

- Yo no he tenido tanta suerte. He tenido que aparcar a tomar por culo.

- Pues si quieres, cogemos mi coche y te llevo a donde está el tuyo, si no te vas a calar hasta los huesos.

Caminaron hasta llegar al coche de Sofía y se metieron dentro.

- Joder! Vaya noche. - dijo ella.

- Es temprano, ¿vamos a tomar algo?

- Bueno, ¿dónde?

- No sé.- se quedó pensativo. - Han abierto un garito nuevo en la zona alta. Se llama Atalaya. ¿Has estado?

- No. Ni siquiera sabía que existía. Si quieres vamos allí. Pero será mejor ir en un solo coche, si no luego para aparcar es un coñazo.

- De acuerdo.

Arrancó el coche y cogió dirección a la zona alta de la ciudad. Cuando llegaron al barrio alto, Marcos le indicó por dónde tenía que coger. Aparcaron. Llovía con menos fuerza, pero aún así se mojaron. Entraron y se dirigieron a la barra.

Se notaba que habían abierto hace poco. Todo se veía muy nuevo. El local estaba iluminado con tonalidades azules. La barra simulaba un gran bloque de hielo y cómo si de estalagmitas se tratara, había sillas y mesas repartidas alrededor. Del techo colgaban lámparas con forma de estalactitas. Los camareros y las camareras iban vestidos de blanco, lo que hacía que se les distinguieran a distancia.

Pidieron algo de beber y se quedaron en la barra charlando.

No llevaban mucho rato, cuando por detrás se acercó un grupo de personas y los saludaron. Eran los amigos que se habían encontrado en la hamburguesería.

- Hombre…, qué casualidad! ¿Vosotros también habéis cambiado de opinión y habéis venido a parar aquí? - Marcos se giró, en la cara se le podía leer la poca ilusión que le había hecho ver de nuevo a sus colegas.

- Pues… si. Al final hemos decidido venir aquí.

- Nosotros estamos en el fondo. Veniros a sentar allí con nosotros.- les invitó Oscar.

- No se…- Marcos se quedó mirando a Sofía.

- Por mi vale, no hay problema, si tú quieres…

Se levantaron y fueron hasta donde se encontraba el grupo de amigos. A parte de los cuatro que habían visto en la hamburguesería había más

gente. Se saludaron y presentó a Sofía.

- Dime Sofía, ¿de qué conoces a este individuo?- le preguntó Julia.

- Pues… - no sabía qué decir. El decir la verdad no le parecía una idea muy buena. – Hace tiempo que nos conocemos, aunque últimamente no nos veíamos mucho.

- Está bien. Nunca la habías traído con nosotros Marcos, ¿es que te avergüenzas de tus amigos? Jejeje. - le preguntó en tono de guasa Julia.

- No, no me avergüenzo de mis amigos. Pero tengo vida más allá de vosotros.

- Ahora se está queriendo hacer el interesante, Sofía. No le hagas caso. Esto es más transparente que una hoja de fumar. Hace años que lo conozco y podría contarte toda su vida en un momento.

Pasaron un rato divertido con los amigos de Marcos. A la hora de irse, cada uno tiró para un lado. Sofía y Marcos se dirigieron al coche de esta.

- ¿Te has divertido?- le preguntó Marcos.

- Si, me lo he pasado muy bien. Hacia tiempo que no reía tanto.

- Si, de payasos son un rato.

- Esta noche no querías estar con ellos. ¿Por qué? - preguntó con curiosidad Sofía.

- ¿Por qué dices eso?

- Bueno, en la hamburguesería les has preguntado que dónde irían. Has dicho que puede que fuéramos allí también. Cuando hemos salido del cine, has propuesto ir en dirección totalmente opuesta. Cuando te los has encontrado, en el Atalaya, tu cara era un poema. Se te ha notado que las últimas personas con las que te apetecía estar eran ellas.

- Eres cómo un detective. No se te escapa ni una, ¿eh? No sé, puede que lo haya hecho por ti.

- ¿Por mi? ¿Te da vergüenza que te vean conmigo? - soltó Sofía.

- No, no es eso. Pensé que tú no te sentirías a gusto con ellos. Son un poco payasos y bueno…, tú eres más seria. Pero no seria de aburrida… sino… La verdad es que no sabría explicarte por qué lo he hecho.

Sofía sabía perfectamente a qué se refería. En el fondo a ella le ocurría lo mismo. No se avergonzaba de él, pero si que tenía miedo a lo que los demás pudieran opinar al verlos a los dos. Sobre todo, si era gente que sabía la diferencia de edad que había entre ellos.

- Perdona si te ha molestado. - se disculpó él.

- No, no me ha molestado. Simplemente tenía curiosidad por saber por qué habías actuado así.

Llegaron a donde Marcos tenía aparcado el coche. Sofía estacionó en doble fila y paró el motor.

- Bien, pues…, ya hemos llegado. – dijo.

- Si.

- Me lo he pasado muy bien, Marcos. Ahora te debo una cena, ¿eh?

- Pues te cojo la palabra. Me debes una cena.

Los dos se miraron sin saber qué decir. Se acariciaron las manos y se besaron.

Estaban fundidos en el cálido beso, cuando un coche pitó. Miraron y era la policía. Les indicaba que ahí no podían estar, que debían seguir circulando. Marcos se bajó del coche y se montó en el suyo. La policía indicó de nuevo a Sofía que debía mover su vehículo. Esta obedeció, arrancó y se fue.

Llegó a su casa y entró en el parking. Pudo ver que el coche de Marcos estaba ya aparcado en su plaza, pero él no estaba en su interior. Paró el motor y se quedó dentro. No sabía qué hacer ni qué pensar. Si la policía no hubiera aparecido, puede que aquella noche hubieran acabado nuevamente en la cama de cualquier pensión que encontraran a mano. Pero no había sido así. Ahora estaba en su garaje. Él ya había llegado. Su coche estaba aparcado, pero él no estaba. Pensó que a lo mejor la estaba esperando en la puerta de su piso.

Se bajó del coche y subió en el ascensor. Cuando abrió la puerta en su rellano, vio que su puerta estaba desierta. Él no estaba.

Abrió y entró en su casa. Puede que sea mejor así, pensó.

Era miércoles por la tarde, Marcos caminaba por la Gran Vía, con la mente

perdida, cuando escuchó que alguien lo llamaba. Era su amigo Oscar.

- ¿Qué haces tío? Llevo un rato llamándote a gritos y ni te has enterado. ¿Qué haces por aquí?

- Vengo de una entrevista de trabajo.

- ¿A si?! Y ¿qué tal ha ido?

- Bien, supongo. – contestó sin interés.

- ¿Cómo que supones?

- En realidad a la entrevista vine la semana pasada. Quedaron en llamarme si salía seleccionado. Y me han llamado. Vengo de que me expliquen las condiciones del contrato.

- ¡Cojonudo! Tío. Pero no te veo muy entusiasmado.

- Si, si que lo estoy. Es un trabajo que me gusta.

- ¿Nos tomamos algo y me lo explicas?- le propuso Oscar.

- Vale, vamos a esa cafetería, si te parece bien.

Los dos amigos caminaron hasta la terraza de una cafetería próxima y se sentaron. Enseguida llegó un camarero que les tomó nota de lo que iban a tomar.

- Y, ¿de qué es ese trabajo?

- Es para realizar las instalaciones de un mega centro de vacaciones.

- Eso suena bien.

- Si, no pagan nada mal. Es algo que sé hacer con soltura y además me gusta.

- Entonces, no se dónde está el problema. Porque por tu cara se que hay un problema a todo esto, ¿no?

- El trabajo es en Tánger.

- ¿Tánger?

- Si.

- Bueno, pues mejor. De paso haces turismo en tus ratos libres.

- Si todo eso está muy bien. Es que…, no se si me apetece irme ahora.

- ¿Cómo? ¿Y desde cuándo a ti te preocupa el hecho de tener que irte de aquí? No hace mucho me dijiste que si pudieras te irías a cualquier lugar lejos, ¿o ya no te acuerdas?

- Si, si que me acuerdo. Pero ahora…, es diferente.

- ¿Y qué hace que eso sea diferente?

- Pues…, no estoy seguro.

- Es esa chica ¿verdad? Sofía se llamaba ¿no? – indagó Oscar.

- ¿Sofía?

- Si, Sofía. El viernes eras otra persona muy distinta a la que eres últimamente. Estabas… no se cómo decirte, estabas diferente, más feliz, más a gusto con el resto del mundo. Te gusta ¿verdad?

- No lo sé.

- ¿Entonces?

- Estoy confundido, tío. Con ella me siento bien, es diferente a todo. Es cómo un chorro de aire fresco. Pero tengo miedo.

- ¿Miedo, a qué?

- A que algo falle de nuevo y a volver a pasarlo mal. Además, es más difícil de lo que tú crees.

- ¿Difícil? ¿Está casada? - preguntó su amigo sin saber hacia dónde tirar.

- No, no es eso. No está con nadie.

- ¿Entonces?

- Es mi vecina de toda la vida.

- No veo el problema.

- Es mayor que yo.

- Sigo sin ver el problema. ¿Qué te lleva un par de años?

- Diez.

- ¿Diez? Pues…, nadie lo diría. En serio, yo no hubiera dicho que Sofía tenía esa edad. Pero de todos modos, no veo el problema.

- Quizás ella ya está de vuelta de todo y yo solo soy un chaval que se ha cruzado en su camino.

- Y eso, ¿lo sabes con seguridad? ¿Se lo has preguntado?

- No.

- Pues entonces no le des más vueltas tío. Déjate llevar. Lo que tenga que ser, será, ¿no crees que es mejor así?

- Ya, pero justo ahora me sale ese trabajo, y me tengo que ir.

- Eso no tiene nada que ver tío. No te vas para toda la vida. Además iras y vendrás mientras que dure la obra, ¿no?

- Si, creo que si.

- Pues no le des más vueltas. Yo creo que te vendrá bien alejarte de aquí. Un aire nuevo te vendrá bien en tu vida. Y recuerda que lo que tenga que pasar, pasará igualmente, o ¿no has aprendido esa lección ya?

- Llevas razón.

- Sabes que siempre la llevo, jejeje. - Oscar rió.

- ¿Tanto se me nota que me mola Sofía?

- Bueno…, un poco. Yo lo noté, pero eso no significa que el resto se diera cuenta.

Marcos sacó la cartera y pagó los dos refrescos que habían tomado.

- Bueno tío, ya me tendrás informado, si te vas o te quedas.

- Si, no te preocupes, te llamaré.

Se despidieron y continuaron cada uno por su camino.

Marcos llegó a su portal y encontró a Sofía cargada con cajas. Intentaba

sin éxito, sacar las llaves de su bolso, sin dejar las cajas en el suelo.

Éste sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta. Luego le cogió dos cajas a Sofía y ambos entraron en el portal.

- Gracias.- le dijo ella.

- De nada. ¿En serio creías que podrías sacarte las llaves sin soltar las cajas en el suelo?

- Bueno, al menos lo estaba intentando.

- Pues yo creo que hubieras acabado antes si hubieras dejado las cajas, hubieras abierto la puerta y luego las hubieras vuelto a coger.

- Si, puede que lleves razón… Llevaba un rato haciendo piruetas, intentando que no se cayeran las cajas y tratando sin éxito sacar las llaves.

Marcos abrió la puerta del ascensor y los dos entraron.

- ¿Dónde vas con todas estas cajas?

- Son documentos que he de revisar.

- ¿Te traes el trabajo a casa?

- No siempre, hoy era esto o quedarme hasta las tantas en la oficina. Y la verdad, tenía ganas de estar en mi casa.

Llegaron al cuarto piso. Marcos abrió de nuevo la puerta del ascensor y los dos salieron. Sofía dejó las dos cajas que llevaba encima de las de Marcos. Sacó las llaves de su piso y abrió. Entraron los dos.

- ¿Dónde las dejo? - preguntó Marcos.

- Encima de la mesa del comedor, por favor.

Obedeció y dejó las cajas sobre la mesa. Sofía soltó su bolso y se quitó la chaqueta.

- ¿Te apetece tomar algo? ¿Un café? - le preguntó camino de la cocina.

- Vale, un café me parece bien. Solo, por favor.

Sofía encendió la cafetera.

- Tienes cara de rancio, ¿te ocurre algo?

- Me llamaron de la entrevista de trabajo a la que fui el otro día. Vengo de allí.

- Pero, eso es estupendo! ¿No?

- Si. Me han explicado las condiciones del contrato.

- Y, ¿tan malas son? Por tu cara diría que son una porquería.

- No, no lo son. Solo que no esperaba que me llamaran y puede que me haya cogido por sorpresa.

- Pero, es una sorpresa agradable. Eso te permitirá dejar la empresa de tu padre y comenzar de nuevo de una forma independiente. Es lo que querías.

- Si. No se lo he dicho aún. Y no sé cómo se lo tomará.

- Pues bien, ¿cómo habría de tomárselo? Creo que tienes un concepto equivocado de lo que tu padre quiere para ti. En el fondo solo quiere lo mejor. Si este cambio significa un cambio positivo, a él le resultará estupendo. ¿No crees?

- Si, llevas razón.

Los dos callaron y sus penetrantes miradas se cruzaron. Estaban deseosos de comentar lo que la otra noche pasó en el coche y de cómo la policía los interrumpió. Pero ninguno se atrevía a dar el primer paso.

- Sofía… - comenzó Marcos a la vez que la cafetera avisaba con un pitido que el café estaba listo.

- Dime. – contestó ella.

- … El café ya está listo. - desvió el rumbo de la conversación.

- Si, creo que ya está. ¿Quieres azúcar? - preguntó ella mientras servia dos vasos.

- No.

- ¿Y cuándo tendrías que empezar?

- El próximo lunes. Tengo un billete de avión para el viernes.

- Eso es pasado mañana. - dijo Sofía pensativa.

En ese preciso instante picaron a la puerta. Sofía se levantó para abrir. Era Olga.

- ¿Qué tal Olga? – la saludó.

- Hola Sofía, venia a pedirte un favor. - dijo a la vez que entraba hacia el comedor.

- Pues, tú dirás.

- Marcos, ¿qué haces aquí? - preguntó sorprendida al ver a su hermano.

- He ayudado a Sofía a subir unas cajas. - respondió sin mucho entusiasmo.

- Ah, vale.

- Bueno, yo me marcho. Gracias por el café, Sofía. - Marcos se levantó y se encaminó hacia la puerta.Sofía le siguió con la mirada.

- Bueno Olga, dime ¿qué puedo hacer por ti?

- Verás…, necesitaría que me prestaras un bolso blanco. Este fin de semana tengo que ir a la boda de una amiga. Pensaba ponerme un vestido color turquesa con unos zapatos blancos. Pero, he caído en la cuenta que no tengo ningún bolso que me haga juego con los zapatos. Entonces he pensado que quizás tú…

- Ven, miraremos en el armario. Creo que algo tengo.

Las dos se dirigieron al armario de la habitación de Sofía y buscaron en su interior. Aparecieron dos bolsos blancos.

- Tengo estos dos. Elige el que más te guste. - dijo poniéndolos encima de la cama y dándole a escoger a Olga.

- Creo que este es el que más me combina. - dijo cogiendo el segundo que había sacado. - Gracias Sofía, te lo devolveré el lunes, ¿vale? - le dijo.

- No tengas prisa. No lo uso.

Las dos se dirigieron de nuevo al comedor.

- Gracias Sofía.

- De nada, Olga.

Olga se despidió y Sofía quedó sola en su casa.

Se quitó los zapatos y se sentó en la mesa dónde habían dejado las cajas llenas de documentos. Abrió una y comenzó a sacar folios. Empezó a leerlos, pero su cabeza estaba en otro lugar.

Marcos se marchaba.

Le gustaría tener el valor necesario para hablar con él y decirle lo que sentía antes de que se fuera, pero tenía miedo.

Se volvió a sumergir en la lectura de esa montaña de documentos.